

Juan Martínez

TODA LA POESÍA REUNIDA

**Investigación, recopilación, prólogo y notas de José Vicente Anaya;
ensayos de Luis Cortés Bargalló, Alberto Blanco y Heriberto Yépez**

PRÓLOGO

El poeta Juan Martínez VOZ DE LO OCULTO, INTÉRPRETE DE LOS MISTERIOS

El gran poeta persa Shams-ud-din Mahoma (Mahoma Sol-de-Fe), más conocido como Hafiz (1320-1390), recibió en vida los títulos de *Voz de lo Oculto* e *Intérprete de los Misterios* por la belleza y profundidad lumínicamente mística de sus poesías; e iguales títulos merece nuestro poeta Juan Martínez. El estudioso de la cultura persa y musulmana, Paul Smith, escribió: “Si Dios tomara forma de poeta. Creo que estaría muy contento de escribir como Hafiz”.

También los poemas de Juan Martínez (1933-2007) serían dignos de ser tomados como modelo por el Ser Supremo. La prueba contundente la podemos encontrar en fragmentos de su poesía como éste:

Masticar la soledad en diminutas porciones de muerte
es solamente un viejo oficio
pero poseer pájaros medio muertos por la lejanía
y hacerlos cantar en el cráneo,
esa es una labor que sólo se encuentra
en las otras vertientes del cielo
donde los arbolones de la noche dejan escapar
todo el esplendoroso lujo de las estrellas nuevas
y el arancel para viajar
por el recuerdo de un sabor a metal acabado
es menos corrosivo, a pesar de los crueles manómetros
que miden el silencio de las palabras caídas en el aljibe de los sueños...

Pero en la poesía de Juan Martínez hay mucho más, en términos de sensaciones e imágenes que nos conducen hacia estados mentales que, fehacientemente, exploran los ámbitos del espíritu; y esto sucede por la profunda convicción que sobre el hecho poético expresó Juan al declarar:

Hay un germen generador en todo gran poema
que al ejercer contacto con el espíritu del hombre,
singulariza a través de una chispa transmisora
una potencia consubstancial; a partir de este momento
el que revive lo intuido por el poeta,
clarifica y extiende el paisaje diseminado en las líneas
mas cada espectador adapta el reino
a la posibilidad de su genio.

El mío trasciende cada oración
 a universos heterogéneos...
 la exactitud del Verbo ilumina la poesía
 como un milagro donde Dios
 glorifica por el hombre su principio...

A principios de la década de 1950 el joven Juan Martínez se trasladó de la ciudad de Guadalajara a la ciudad de México, donde hizo amistad con otros jóvenes poetas inquietos como Sergio Mondragón y Homero Aridjis (ellos tres serían amigos de los poetas beats y del grupos de Nueva York que por ese tiempo vivían en México: Philip Lamantia, Margaret Randall, Allen Ginsberg, Jerome Rothenberg, Diane di Prima, Marge Piercy, Lawrence Ferlinghetti, Jack Kerouac, Ray Bremser y otros). En aquel ambiente nació la revista que editaron Sergio Mondragón y Margaret Randall, *El Corno Emplumado*, en la que Juan publicó sus primeros poemas. Tiempo después, en 1959, aparecerían sus poemas en la *plquette* titulada *En las palabras del viento*, en las ediciones Cuadernos del Unicornio que publicaba Juan José Arreola. Unos años más tarde Juan estaba en la ciudad de Tijuana, donde en mi adolescencia lo conocí como un yogui cabal, disciplinado, y descubrí su entrega mística antes de tener noticias de sus poemas.

Por 1986 Juan regresó a vivir en la ciudad de México y tres años después volvió a Guadalajara, donde falleció el pasado 18 de enero del 2007, habiendo estado como interno en un hospital psiquiátrico, donde se intuye que recibió los tratamientos típicos de esas instituciones como son las drogas inhibitoras del ánimo y los electrochoques, paralelismos de Juan Martínez con Antonin Artaud.

VATE DE VATES

Mientras vivió, este poeta estaba y no estaba entre nosotros porque había decidido retirarse del mundo, a la manera (aunque también en versión muy propia) del Príncipe de los Poetas, el alemán Friedrich Hölderlin. Sobre todo, Juan Martínez se retiró del ahora llamado *mainstream* de la liteartura mexicana, es decir la farándula “cultural”, “intelectual” de la capital de México, de la que había sido constante crítico en una praxis festiva y directa al corazón (si es que lo tienen) de los literatos simuladores diestros en acaparar posiciones de poder. Y no fueron escasos los que, por la década de 1950, recibieron alguna frase sarcástica de Juan, que los puso a rabiar en su nadidad. Con sarcasmo y risa, una noche en que caminábamos por las calles de Tijuana, me comentó: “Allá en México, ahora me quieren hacer justicia los intelectuales”.

La inclinación mística hinduista de Juan lo hizo pensar que el *samsara* del relativo éxito literario en la capital del país era sólo ilusión. Y decidió vivir en retiro, una especie de autoexilio. Para su retiro no escogió ninguna ciudad acogedora, que hay muchas en nuestro país, ni ningún centro ceremonial y de poder místico, que también abundan en el *México Profundo* (ese sería el caso de Yaxchilán, Huautla, Tónachic, Macuilianguis o Basíware, por mencionar algunos). Para su retiro y búsqueda espiritual Juan escogió la ciudad más antiespiritual, pragmática, materialista, utilitaria (sobre todo a principios de la década de 1960): Tijuana (la que hoy día con sus contradicciones está

bendecida por el *yin-yang*, por el arribo de yoguins poetas como Juan y artistas de toda índole que han experimentado importantes búsquedas). Habiéndose alejado de los círculos intelectuales de la ciudad de México, tampoco le interesaron éstos ni los frecuentó en Tijuana, salvo tres o cuatro poetas con quienes cultivó la amistad (pero nunca hizo “corrillo literario”).

Cuando yo tenía entre 15 o 16 años frecuentemente veía a Juan Martínez en el centro de la ciudad de Tijuana (sin saber nada de quién era él) cargando un balde con agua en mano, detergente y trapo en la otra mano, limpiando automóviles y esperando con humildad unas monedas que muchas veces no le daban. Era costumbre, como ahora, que ese trabajo de desocupados lo desempeñaran niños desarraigados, así es que Juan era un contraste en aquel escenario, y no fue poco el rechazo que recibió. “No limpie mi carro, váyase a trabajar en algo útil, está usted muy fuerte y anda bien vestido. ¿No le da vergüenza andar haciendo el trabajo de los chavalos?” Frases que se alternaban con improperios. Juan no respondía, actuaba como si estuviera transparente ante los ojos de la altanería con que pretendían insultarlo. A sus espaldas algunos lo compadecían: “Pobre muchacho, no está en sus cabales”. Nadie atinaba a ubicarlo en lo que realmente era y hacía. Juan se retiraba unos pasos, ensimismado, casi siempre vistiendo su abrigo negro largo hasta debajo de la pantorrilla, botas, cabellera larga amarrada en cola de caballo (recordemos que por 1960 era inconcebible ver a un hombre con cabello largo). Yo lo veía como a un Joven Werther o un Zarathustra perdido en el tiempo.

Cuando yo estudiaba la preparatoria en la Nocturna de Agua Caliente, por sugerencia de una compañera visitamos a Juan en su casa. Así empezó mi trato directo con él. Nuestras conversaciones eran sobre hinduismo, tema en el que yo tenía algunas lecturas pero con sus acotaciones aprendí mucho. Lo dejé de frecuentar porque a mediados de 1967 me trasladé a la ciudad de México para estudiar en la UNAM. En aquel tiempo nunca me dijo que él fuera poeta ni que le habían publicado en “importantes” revistas o en Cuadernos del Unicornio de la capital, pero sí pude apreciar los dibujos y pinturas que ejecutaba con trazos precisos e imaginativos. Fue en el D F y al paso del tiempo que leí la poesía dispersa de Juan Martínez. Años después, en uno de mis regresos a Tijuana, sin que yo se lo preguntara, Juan me dijo que se había dedicado a limpiar automóviles porque había hecho un voto de humildad, sin esperar ninguna recompensa, y que para él había sido una prueba en el encuentro de la espiritualidad.

La calidad de verdadero vate Juan la expuso en muchísimo hechos y escritos, este fragmento *de En las palabras del viento* es uno de los mejores ejemplos:

...encontré la sangre esparcida del alma de los pobres y de los inocentes,
y no la hallé precisamente en excavaciones
sino en todas estas cosas que tocamos a diario con nuestra mirada,
mis entrañas encendidas clamaron y guardé su enojo para siempre,
la amargura de mi corazón penetró hasta mis tuétanos,
las aguas en lo alto detuvieron su paso y la lluvia faltó,
miré la Tierra y he aquí que estaba asolada y vacía,
los montes temblaban de pánico, los cielos oscurecían,
y los andamios de mi cerebro como jaula de pájaros, se encontraban de engaño,
mis ojos no vieron ni mis oídos oyeron,
entonces subí hacia el mediodía y cabalgué llanuras como la sombra de la tarde
y he aquí lo que encontré y traigo para vosotros:
no os alegréis todavía, simplemente es, un sepulcro abierto...

ZARATHUSTRA PERDIDO EN EL TIEMPO

Cuando no había carretera directa para ir de Tijuana a la playa, es decir, cuando esa playa era una zona silvestre, despoblada, y a la que después de horas se llegaba caminando a campo traviesa subiendo y bajando cerros entre matorrales, conejos y víboras de cascabel que pasaban en estampidas; Juan se construyó una cómoda cueva a la orilla de ese mar donde vivía por temporadas, vale decir que sin las molestias ni los gastos que ocasionan tener que rentar o acumular riqueza para llegar a ser dueño de una casa o de un departamento. Cualquiera diría que eso no es creíble, pero la vida de Juan estuvo llena de sucesos increíbles, que sólo quienes los llegamos a presenciar podemos confirmarlos. Juan ahí meditaba, corría o hacía caminatas, conseguía sus alimentos del mar, nadaba...

Tal vez nadie se aficiona a bañarse en agua muy fría, esa de la corriente gélida que del Polo Norte pasa frente a las costas de Tijuana; y todavía acumular esa agua en una tina y agregarle hielos, durante el húmedo invierno californiano (esto es decir que el frío penetra y traspasa los huesos); pero eso justamente hacía Juan Martínez. Y es que Juan se hizo un hombre fuerte, curtido en la ardua disciplina del yoguismo indio, en la que fue tan a fondo que logró verdaderamente el dominio mental de su cuerpo (conviene hacer la aclaración de que los yoguis no son *showmen* que hagan esas cosas como espectáculo ni para impresionar; para ellos se trata de ejercicio de disciplina mental, tal vez usted sepa que en el Tíbet algunos monjes, vistiendo un simple taparrabo de tela de algodón, se sientan en posición de flor de loto para meditar sobre pleno campo nevado, pasan el tiempo en una especie de estado “ausente” y después de horas a su alrededor la nieve se va derritiendo...).

Desde muy joven Juan Martínez empezó a practicar disciplinas y su misticismo hinduista, en una versión tan personal que él fue su propia religión de sacerdote único y feligrés al mismo tiempo.

Cuando vivía en su cueva de vez en cuando iba a la ciudad, como dicen los rarámris cuando van a Chihuahua o el mismo Zarathustra cuando se asomaba a la ciudad, “para ver cómo viven los hombres equivocados”. Tiempo después en Tijuana se rumoraba que Juan hacía “cosas” extrañas, como recuperar comida de la nada, sosteniendo la certeza de su crítica en la praxis contra la sociedad del desperdicio, efecto de la gente equivocada.

PRESENCIA Y PERMANENCIA DE LA POESÍA DE JUAN MARTÍNEZ

Durante casi cincuenta años Juan Martínez y su poesía han sido descartados por el *status* cultural de México, y es por esto que para el público lector ha sido un desconocido. Sobre este poeta y su obra se desplegó un largo silencio (silenciar es el arma favorita de los envidiosos con poder) que ni siquiera pudo ser roto por la constancia de su poderosa obra poética, que como ya dijimos tempranamente editó Juan José Arreola en *Las palabras del viento* (1959), de sus poemas que le publicaron Sergio Mondragón y Margaret Randall en la década de 1960 en *El Corno Emplumado*, de los libros *Ángel de fuego* (1978) y *En el*

valle sagrado (1986) que prepararon Alberto Blanco y Luis Cortés Bargalló, de los ensayos que varios amigos publicamos en revistas (*memoranda*, del ISSSTE) y libros (vg. *Poetas en la noche del mundo* [de mi autoría], Universidad Nacional Autónoma de México, col. Diagonal, México, 1997). Todo eso pasó desapercibido seguramente por ciertas imposiciones que suelen dictar (dictadores al fin) rumbos determinantes como el camino “bueno de la poesía”, la supuesta “ruptura” que no rompió nada, el cliché tardío de la “tradición moderna”, los que defendieron la “disidencia” en tanto su derecho a expresarse pero luego acallaron a los disidentes; y otros prejuicios más. Es triste detectar que hasta hoy en día los grupos del poder cultural con sus actos siguen proclamando “no hay más ruta que la nuestra”. Y en la literatura de esos vicios hizo gala, por ejemplo, la famosa antología *Poesía en movimiento*, pues consta en el libro *Cartas cruzadas. Octavio Paz / Arnaldo Orfila* (siglo XXI, 2005), que en 1966 (¡siete años después de publicado *En las palabras del viento* y de sus poemas en revistas) el mismo Paz comenta con pedantería que excluyen a Juan por no cumplir con obra publicada: “...habría que conocer más cosas de ese muchacho” dice O. P., pág. 76 / “...Juan Martínez y Octavio Cortés no tienen obra suficiente como para justificar su inclusión” Orfila citando a Pacheco, Chumacero y Aridjis, pág. 53.

Por lo antes comentado, resulta de suma importancia rescatar y dar a conocer toda la poesía de Juan Martínez que se había publicado y la que había permanecido dispersa. Conocer la poesía de Juan (y la de otros autores que han sido suprimidos por el *status quo*, como Concha Urquiza, por mencionar otro ejemplo) es llenar parte de un vacío en nuestra historia literaria, pues el periodo de su creación es en realidad más rico de lo que los divulgadores “nos han permitido ver”.

* * * * *

Esta recopilación titulada *Toda la poesía reunida*, incluye toda la poesía de Juan Martínez antes publicada y ya inconseguible, además de valiosos poemas inéditos, es el caso de algunos textos dispersos que llegaron mis manos gracias a Rodrigo Martínez y Claudia Ramírez Martínez, sobrinos de Juan; así como el poemario *A las puertas del paraíso* que desde 1985 estuvo bajo el resguardo de Alberto Blanco (ver nota al final). A ellos mis agradecimientos. Quiero también agradecer a los autores de los ensayos aquí reunidos a manera de prólogos, que se suman no sólo como homenajes muy merecidos por Juan, sino también porque confirman, con sus diferentes puntos de vista, la importancia de este poeta en las letras mexicanas de la segunda mitad del siglo XX.

José Vicente Anaya
Coyoacán, 2007

Luis Cortés Bargalló
 LOS RITOS LUMINOSOS DE JUAN MARTÍNEZ

*cierto que no tiene la sencillez de Basho
 mas recordad: en ese corazón
 el Universo resuelve sus problemas*

Sergio Mondragón

Aunque toda obra, al crecer, al desarrollarse, recorre determinadas vertientes identificables y externas, ésta, cuando es auténtica contiene, desde un principio, su simiente visible y original. De hecho, un verdadero poeta no formula otra cosa que sus poemas futuros, siempre sus poemas futuros, potenciales. Un tipo de poemas que está fuera del catálogo de una tradición y que, en su individualidad, no es sino la expresión decantada del ejercicio constante de la libertad y voluntad creativas; un tipo de poemas cuyo lector viene del futuro y, por lo tanto, con frecuencia resultan herméticos a los ojos de su tiempo. En su poema "Carta 2", así lo expresa Juan Martínez:

Hay un germen generador en todo gran poema
 que al ejercer contacto con el espíritu del hombre
 singulariza a través de una chispa transmisora
 una potencia consubstancial; a partir de este momento
 el que revive lo intuido por el poeta,
 clarifica y extiende el paisaje diseminado en líneas,
 mas cada espectador adapta el reino
 a la posibilidad de su genio.

No obstante, es posible ver que la obra poética de Juan Martínez ha pasado a gran velocidad y, sobre todo, sin demora alguna por los puntos más luminosos de la tradición poética del siglo XX: Huidobro, Pound, Neruda, Eliot, Manley Hopkins, Claudel,

Gorostiza, Perse y, particularmente, el William Blake que leyeron, cantaron y revitalizaron Ginsberg, Kerouac y Snyder. En su obra está, al mismo tiempo, el gusto por cierto arcaísmo y elegancia en la expresión derivados de las traducciones de los clásicos y aun de los textos sagrados. Con frecuencia nos encontramos citas intercaladas —como si surgieran de la memoria de la especie poética— provenientes de Eliot o Shakespeare e incluso de Joyce, tal y como éstos hacían por afinidad o pertinencia. Pero esto no deja de ser un simple comentario aplicable a una buena cantidad de nuestros poetas contemporáneos. Este mínimo recuento, no es lo que la crítica pondera —sin llegar a acuerdos sustanciales— como un muestrario de "influencias", por otra parte inútil; me refiero, pues, tan sólo a los contextos de una tradición ineludible, la de los lenguajes artísticos, la de sus paralelismos en hallazgos, tiempo y propósitos.

Para la obra de Juan Martínez resulta más significativa la percepción aguda de sus formas exuberantes y complejas, producto sensible del intenso fuego de la experiencia interior, del mundo que, en transfiguración constante, les da sustento. Para que este mundo se torne material, inteligible, el poeta no ha escatimado recursos: paradojas en torno al silencio, a la soledad; adjetivación detonante; neologismos; onomatopeyas; analogías sorprendentes, mapas espirituales y simbolismos renovados. Una especie de misticismo existencial, legitimado por la experiencia directa; a medio camino entre lo social y lo individual, entre la revelación y el arte y, de alguna forma, el puente que los unifica. Podría decirse, su mundo es otro, pero también éste: acrecentado, hipersensible, desnudado —como él mismo dice en un poema— de "sus lacerados atavíos".

Inicié este texto hablando de los poemas futuros, éstos son la luz de los poemas pasados, son su línea de continuidad, el "hilo de oro"; fuera del tiempo, su nítida radiografía. El final del libro *En el valle sagrado*, los poemas reunidos de Juan Martínez (UAM, Colección Molinos de Viento, México, 1986), tiene dos secciones: "De los Ritos Luminosos" y "En el Valle Sagrado"; los poemas que las integran —inéditos hasta entonces— muestran un notable matiz formal respecto a la obra anterior. Median quizá muchos años en los que el artista, sin cambiar de dirección, trabajó intensa, devotamente en la pintura, la talla y el dibujo. Mientras que la poesía precedente desarrolló un complejo tapiz en el que se anuda la paradoja de la profusión y el silencio, así como la intensidad plástica y espiritual de una realidad visionaria, los poemas de este *corpus* se concentran en el manejo de una expresión más sencilla y, hasta cierto punto, inmaterial. Estos poemas, sin embargo, no son lo que en el contexto del análisis literario podríamos llamar un rompimiento, estos poemas son el ideograma de su poesía anterior, o por lo menos, permiten fluidamente esta lectura. Transcribo en seguida el texto completo del poema "De los Ritos Luminosos":

Para ubicar un punto de partida cósmico
es absolutamente necesario
preparar una base.

Sin ella se precipitará a la gravedad,
la inducción de sensibilidad
queda obstruida, el avance es negativo;

con admirable base
la preparación puede ubicarse
circularmente, o en su efecto líneas,
la comunicación
a los puntos fijados
descorre el velo metafísico
de la naturaleza el planteamiento orgánico
queda claro, en seguida
se desvanece la trama
interceptando el error,
y las nupcias se reanudan
entre el hombre y lo invisible.

Además de un poema, "De los Ritos Luminosos" es un mapa en el que su cartógrafo ha sustituido las imágenes literarias —tan abundantes y complejas en su obra anterior— por un código intrínseco, todo ello con el objeto de ser más preciso —"más práctico", diría su autor en tantas ocasiones propicias. En efecto, un rito es un evento, una "práctica". La versión original de este poema está inscrita en un dibujo realizado con un canto rodado sobre una lija muy fina, en él se muestra la expansión y desarrollo de un círculo; sus expresiones abstractas, coronadas por varios corredores de cúpulas, ondas tangenciales y firmes coordenadas rectilíneas como rayos de sol. Todo ello en una superficie claroscuro no mayor que una hoja de formato media carta.

De acuerdo a Mircea Eliade, en su esencia, todo rito simboliza y reproduce la creación; por otra parte, todo rito es una cita, es decir, una confluencia de fuerzas y de ordenamientos; su sentido surge de la acumulación y de la combinación de esos poderes concertados. Tomemos también un par de acepciones convencionalmente aceptadas en torno al simbolismo de la luz: la más general, aquella que la identifica con el espíritu; otra más concreta apuntada por René Guénon: "una partícula humana indestructible, simbolizada por un hueso durísimo [bien podría ser el canto rodado sobre la hoja de lija], al que parte del alma se mantiene unida desde la muerte hasta la resurrección". Si agregáramos la idea de que la luz es también el sitio de "una aparición", desde la cifra

literal del título del poema tendríamos, si hiciera falta, todo lo necesario para recorrerlo con su luces y las nuestras.

Un modelo mítico estructura el poema, el "monomito" joyceano que Joseph Campbell —en su *The Hero with a Thousand Faces*— define como el viaje del héroe: separación, iniciación y retorno. Separación: punto de partida, proceso de individuación extrema; iniciación: descubrimiento gradual y riguroso de otra realidad; retorno: reestablecimiento de los vínculos con la sociedad y el lenguaje mediante la aportación de un mensaje inteligible, unificador y liberador.

* * *

Intento en seguida un breve análisis del poema transcrito que, en todo caso, nos permita, por una parte, funcionalizar la idea de que estos "ritos luminosos" alumbran y hacen germinar, en sus diversos rumbos, los poemas anteriores de Juan Martínez. Pero, por otra, subrayar la presencia de sus contenidos específicos y autónomos.

Para ubicar un punto de partida cósmico
es absolutamente necesario
preparar una base.

La ubicación de este "punto de partida cósmico" no es una idea abstracta y mucho menos vacía de sentido (algunas de estas palabras "punto de partida cósmico", han sido vaciadas por el manoseo constante; el poeta lo sabe, pero esto no le impide usarlas, primero, porque está en su derecho de hacerlo, segundo, porque reivindica su sentido), tradicionalmente, consiste en un sacrificio del que se deriva la creación de formas y materia, a través de una modificación sustancial de la energía primordial. La ubicación de este punto —la palabra junto al alba, de Huidobro— es precisamente el despertar de una conciencia, estado luminoso que coincide, como un símil arquetípico, con el nacimiento de la creación artística. En uno de sus primeros poemas, "En las palabras del viento" — clara referencia a un verso de T.S. Eliot—, Juan Martínez escribe:

...encontré la sangre esparcida del alma de los pobres y de los inocentes,
y no la hallé precisamente en excavaciones,
sino en todas estas cosas que tocamos a diario con nuestra mirada,
mis entrañas encendidas clamaron y guardé su enojo para siempre,
la amargura de mi corazón penetró hasta mis tuétanos,
las aguas en lo alto detuvieron su paso y la lluvia faltó,
miré la tierra y he aquí que estaba asolada y vacía...

y en otro poema, "Los neumatismos":

...ya es bastante con esto
ya es bastante,
a lo lejos se escucha el ulular
del viento que hace cimbrar los dientes.

Es entonces en este "punto de partida cósmico" en el que un momento de revelación conforma una "base"; no se trata del regocijo o el dolor ante "estas cosas que tocamos a diario con nuestra mirada", sino de una fuerza transfiguradora que emerge de un estado de sensibilidad extrema.

Sin ella se precipitará a la gravedad,
la inducción de sensibilidad
queda obstruida, el avance es negativo;

Reitera aquí el poeta la imposibilidad de avanzar si el punto de partida no está fundamentado en una primera revelación que conmueve el edificio de las convenciones y las apariencias. "Sin la Condición poética o profética, lo filosófico y lo experimental anidarían pronto en el principio y razón de todas las cosas [la gravedad], y se mantendrían inmóviles, incapaces de hacer nada fuera de la repetición indefinida de la misma cantinela estúpida", escribe William Blake.

con admirable base
la preparación puede ubicarse
circularmente, o en su efecto líneas,

"Admirable" no es aquí, como podría sugerir su etimología, un simple adjetivo que se refiere exclusivamente al efecto que algo produce sobre un receptor, es también una cualidad intrínseca del emisor o causa; primero deberá ser "algo digno de verse", algo que *está* a la vista. ¿Es esto una aseveración ética o estética? o, como afirma el poeta en "Con el misterio a cuestas": "el íntimo justo acorde que restañe/ esa duda relativa de la razón abierta".

En el segundo verso la palabra "preparación" tiene un peso específico: si la base es buena, puedo esperar, como hace precisamente el que se entrega a un profundo estado de atención. Son muchos los poemas de Juan Martínez que hablan de esta espera y de sus frutos (*Ángel de fuego*):

Después la espera en la historia de los espacios siderales

ataviado el espíritu con los rigores numismáticos
 bajo creciente silenciosa y sagrada en la individualidad del espíritu
 girando en armonía la vida viajaba en campos solares
 amplios corredores reverdecían aromatizando el pensamiento
 estímulos en el reverbero de alta consideración amorosa,
 conciencia increada cabalgando alas de ángel
 belleza bestial que el alma llama Realidad,
 mansión de delicias filtrándose en el bosquejo de su prosperidad
 donde andróginas, mudas piedras mágicas
 refulgen en el espejo del espíritu, azul de ondas salinas su inocencia.

o en "Rosa de la circuncisión":

después que caiga el polvo por el desván del sueño,
 no me preguntéis nada,
 simplemente escuchad este dolor con huecos de granada
 por el viento sin pájaros
 y esperad que la rosa de la circuncisión
 florezca nuevamente en tiempo y realidades.

En el tercer verso de la estrofa que revisábamos —"circularmente, o en su efecto líneas"—, el poeta hace su primer trazo y éste contiene un profundo simbolismo vinculado a la naturaleza de la luz. El calor, representado por la curva, "en su efecto" (y aquí podemos ver que no se trata de una errata) produce luz, representada por las líneas. Guéron añade al explicar estas figuras: "la doble radiación que consideramos es por cierto luz y calor en cierto aspecto; pero a la vez, en otro respecto, es también luz y lluvia, por las cuales el sol ejerce su acción vivificante sobre todas las cosas". Con este instrumento, doble y uno, como un arco, no hay punto inalcanzable; el simple tacto de lo intangible, lo hace tangible, lo "germina"; este instrumento es también el lenguaje que, en su dimensión ritual, dice Juan Martínez, "penetra lo impenetrable/ expresando en palabras el silencio":

la comunicación
 a los puntos fijados
 descorre el velo metafísico
 de la naturaleza el planteamiento orgánico
 queda claro, en seguida
 se desvanece la trama
 interceptando el error,

Walter Benjamin, en su *Angelus novus*, escribe: "La lengua de un ser es el medio en el cual se comunica su ser espiritual. El río ininterrumpido de esta *comunicación* atraviesa toda *la naturaleza* desde el ínfimo existente hasta el hombre y desde el hombre hasta Dios... la entera naturaleza se haya atravesada por una lengua muda y sin nombre, residuo del verbo creador de Dios, que se ha conservado en el hombre como nombre conocedor y —sobre el hombre— como sentencia juzgadora... Toda lengua superior es traducción de la inferior, hasta que se despliega, en la última claridad, la palabra de Dios que es la unidad de este movimiento lingüístico."

El autor de "Bodas del cielo y el infierno" escribió: "Lo que está Encima está Dentro, pues toda cosa en la Eternidad es Traslúcida". Al eliminarse lo que los budistas llaman "impurezas de la percepción", interceptado el "error", acto del que también nos habla Rimbaud en su famoso *Adieu chimères, idéals, erreurs!*, todo alcanza un grado de visibilidad, tanto para los sentidos como para la inteligencia. Y esa es precisamente la función de un "rito luminoso":

y las nupcias se reanudan
entre el hombre y lo invisible.

* * *

Este mapa, este poema, no es una fórmula esotérica; lo he usado como Piedra Roseta —y como un pre-texto lleno de señales— precisamente por sus cualidades; se trata de una construcción expuesta directamente a los sentidos, a la inteligencia y a la intuición. Para quien lo lee aisladamente y al margen de la obra de Juan Martínez, también tiene un profundo sentido —el sentido que trata de expresarse—, sigue siendo un rito luminoso, desapegado por completo de las convenciones artísticas que muchas veces nos resultan más atractivas —textualidades y contextos— que sus propias realidades.

La obra de Juan Martínez merece nuestra más sutil atención. ¿Tendría alguna importancia revisarla a la luz de un riguroso mecanismo formal cuando ella misma lo ha superado con sus propias leyes?, cuando este poema, como muchos otros, es sobre todo un evento, un diamante formado bajo la presión de miles y miles de pesadas, densas experiencias personales y formales.

Si hemos prestado atención a tanta, excelente literatura, que nos estremece por la tensión que logra entre las dimensiones de lo individual y de la historia; si por otro lado, nos hemos conmovido con el abismo y la paradoja de nuestras vidas y nuestros cuerpos cuando estos aparecen en el espejo transfigurado del arte. ¿Porqué no habríamos de

intentar siquiera un acercamiento adecuado a una obra que —en sus propios términos— busca borrar las fronteras de la contradicción y la dualidad?

Es cierto que, como dice el poema de Sergio Mondragón, la obra de Juan Martínez "no tiene la sencillez de Basho", y su belleza puede, incluso, ser terrible; sin embargo, tanto para comprender una y otra se requiere de la actitud, la condición correcta: escuchar la lluvia, empaparse en ella.

Es muy posible que muchos, con el afán de encontrar algo que se les escapa en la obra de Juan Martínez, cosa que no es difícil, traten de asomarse a los testimonios sorprendentes y complejos de su excepcional biografía concluida en la ciudad de Guadalajara, el 18 de enero de 2007, a la edad de 73 años. ¿Las flores del ayer —según palabras de Alfonso René Gutiérrez— contempladas en los solares de la muerte? Yo me inclinaría por el estatuto de John Keats: "los poetas no tienen identidad", y lo haría porque en cierto sentido esta pareciera una divisa que el propio Juan Martínez expresó con su vida. Fue inflexible hasta la máxima flexibilidad, a veces incomprensible e inaudita para quienes, atónitos, convivimos con él, "humanamente aquí, en la tierra" —el verso de Rilke que tanto le gustaba— o "Any where out of the world" —con cierta sorna. La individualidad de su obra es producto esa suerte de sacrificio ritual que le permitió, contra viento y marea, mantener un ininterrumpido flujo entre mundo, vida y obra, la vívida expresión de la otredad.

Alberto Blanco

**EL LLAMADO DEL ANGEL DE FUEGO:
Reflexiones en torno a la poesía de Juan Martínez**

*Cierto que no tiene la sencillez de Basho
mas recordad: en ese corazón
el Universo resuelve sus problemas*

Sergio Mondragón

Los versos del epígrafe que abre este texto dedicado a celebrar la poesía de Juan Martínez provienen del libro de poemas Pasión por el oxígeno y la luna, de Sergio Mondragón, publicado por Premiá en el año de 1982. Por cierto que el título de este libro le fue sugerido al poeta aprendiz de brujo por las Prendas de la palabra inaudita, un largo poema de Juan Martínez, donde aparecen los siguientes versos (el subrayado es mío):

No nos ha de salvar el matemático equilibrista
pensaban sus antenas
ni el herbolario tierno de pecho devorado
ni la neumática mujer
recién desembarcada de un cálido espacio de amor
*por eso preferimos la ululante ribera
con sus bocas de oxígeno y la luna*
a quien imploramos clemencia
para nuestra diezmada raza.

Los versos de Mondragón pertenecen al poema Retrato hablado, donde - como su título lo indica- se hace una evocación de la figura de una persona... y más que de una persona, de un personaje, un poeta: lo mismo podría ser un autorretrato que un retrato hablado de ese heterodoxo radical que en este mundo responde al nombre de Juan Martínez. Y digo "en este mundo", porque, tal como lo dice el ahora editor de Memoranda y, años atrás, de El corno emplumado, el poeta -él mismo, Juan Martínez- "se mueve en el cielo entre telones", pero, a la vez, "conversa con el viento" del modo más natural, y "cree en este mundo"; pero, como la Alicia de Lewis Carroll, constantemente "pasa al otro lado del espejo".

Y es justamente en este "creer en el mundo" con la misma fe inmovible con la que se cree en ese otro mundo "al otro lado del espejo", que Juan Martínez ha dado, a todos los que hemos tenido la fortuna de conocerlo, de estar cerca de él y de ser sus compañeros y amigos, una lección magistral que se ha desplegado sin necesidad de hacer grandes alardes de magisterio. Una lección esencial, pegada al hueso de la realidad cotidiana, no hallada en la erudición o en el vano artificio, "sino en todas esas cosas que tocamos a diario con nuestra mirada", tal como lo expresa el mismo Juan Martínez en el primer poema de su primer libro, En las palabras del viento. Por cierto que este poema fue publicado por primera vez en una *plquette* por Juan José Arreola en sus Cuadernos del unicornio, y fue luego recogido, muchos años más tarde -en 1986- en la recolección titulada En el valle sagrado, por la Universidad Metropolitana en la colección Molinos de viento.

En aquella ocasión, y con la idea de que se publicara como un ensayo introductorio para la edición de En el valle sagrado, escribí un texto que no fue utilizado más que en breve parte en la cuarta de forros. El ensayo original se

perdió y sólo resta lo que se publicó en la contratapa. Aquí lo reproduzco para los lectores de Memoranda:

En un comentario a los versos de Lao Tsé, El espíritu del valle, Rajneesh escribe: "El Espíritu del Valle es el espíritu del vacío... los valles permanecen. No se puede destruir la nada, la vacuidad. Aquello que es, siempre se puede destruir. Si somos algo tendremos que nacer una y otra vez. Si nada somos... simplemente se desaparece del mundo de las formas, hacia lo que no tiene forma; un valle significa un mundo que ha perdido la forma".

La lección del valle es también la lección de la vida. Ella está balanceada en la intemporalidad de su vacuidad. Basta mirar, como lo hicieron Lao Tsé, Rajneesh o San Francisco, el espíritu que habita un valle para reconocer que la vida está ahí en un perfecto equilibrio: los ríos fluyen, los árboles tienen una permanencia sin tiempo y los pájaros cantan sin preocuparse por nada.

Es precisamente este mundo intemporal el que se celebra En el valle sagrado de Juan Martínez. Treinta años de labor poética resumidos en este libro totalizador cuya fuerza parecería inclinarse hacia la abolición del tiempo, hacia lo femenino, hacia la intuición.

Ojalá que una lectura atenta pueda mostrar la justicia de los platillos en el fiel inmemorial de esta balanza.

Como podrá apreciarse, ya entonces señalaba yo el equilibrio que se halla implícito en la poesía de Juan Martínez y que constituye, por así decirlo, su tema principal: "la justicia de los platillos". Un acto de justicia poética que balancea los platillos tal como sucede en el emblema de Libra: el signo astrológico regido por Venus bajo el cual naciera hace seis décadas nuestro poeta. Creo que es muy claro que en esta metáfora de la balanza uno de los platillos bien podría ser el mundo de todos los días: el mundo que conocemos; y el otro platillo, podría ser el mundo "al otro lado del espejo": el mundo que desconocemos, y -más allá de lo que todavía no conocemos- ese otro mundo que no podemos ni podremos llegar nunca a conocer.

Por supuesto que en esta balanza metafórica el lector atento podría adjudicar los dos platillos a cualesquiera par de realidades opuestas y/o

complementarias. Esto es justamente lo que hace Juan Martínez en su poema titulado -ni más ni menos- Conocer, y que abre el tercer capítulo de En el valle sagrado: Líneas preparatorias a la penetración del entendimiento. Lo reproduzco íntegro pues se trata no sólo de una oración única, en el sentido estrictamente gramatical del término, sino de una oración única, un canto incomparable y sin parangón en nuestras letras:

Es en la entelequia del entendimiento donde originalmente la inquietud intelectual intenta analíticamente desentrañar ese velo traslúcido entre el hombre y las cosas que le rodean, entre el pensamiento y el sentimiento, como vínculo de comunicación con otras substancias superiores, completos en la perfección triangular por la intuición, medio laudable y purificador, trascendiendo la secreta presencia de nuestro ser sagrado, contrapunto vivificante, rítmico y concluyente en su armonía, del blanco al negro, del día a la noche, de la razón a la pasión, del más al menos, de la vida a la muerte, abriendo y cerrando para la eternidad el círculo de nuestra contingencia con la perfecta belleza, arriba y abajo, verificando en el hombre la esfinge de su imagen.

Como se puede ver, los polos formados por el hombre y las cosas, el pensamiento y el sentimiento, el blanco y el negro, el día y la noche, la razón y la pasión, el más y el menos, la vida y la muerte, lo que está arriba y lo que se encuentra abajo, se abren y se cierran formando un círculo que no cesa de girar: "la rueda del sinfín", que tantas veces le gusta citar a Juan y que en tantas y en tan diversas ocasiones me ha mostrado en las más inesperadas circunstancias: al fondo de una botella de colores al momento de ser formada por unos obreros soplando vidrio en una oscura fábrica; en un viejo anuncio pintado en una panadería en el centro de Tijuana; en unas monedas de diez centavos americanos halladas en un teléfono público; en una arracada de plata que me encontré tirada en una calle de San Jerónimo poco antes de uno de nuestros encuentros...

Porque para Juan Martínez todo es motivo de asombro: este mundo y el otro, la incertidumbre y la armonía, la absoluta carencia de principios y la unidad científica, la humildad de una servilleta de papel donde hace nacer galaxias de la nada, y esa pura nada donde las galaxias hacen nacer sueños en los hombres. Todas las posibilidades y todas las polaridades acrisoladas en el resplandor de las alas de un Angel de fuego; en los giros vertiginosos de la

rueda resplandeciente del sinfín
 tramando lo levemente presentido como un dato previsto
 realizándose por la continuidad en la disciplina de una total entrega
 a esa forma de ser antes del tiempo,
 en el tiempo dibujando tras la comisura de la gracia
 lo inaudito de su naturaleza...

Formas de ser antes del tiempo, en el tiempo, y después del tiempo. La poesía de Juan Martínez alcanza en el Angel de fuego, sus cotas más altas. Un poema extenso que Juan Martínez conservó en la memoria por muchos años hasta que un grupo de amigos y poetas lo publicamos en 1978 en una edición de 500 ejemplares, con el dinero que restó en caja a la disolución de la revista de poesía El Zaguán. Así anduvo por largo tiempo Juan Martínez, como él mismo dice, "con el misterio a cuestas", recitando extensos fragmentos de su poema en la penumbra y las horas postreras de los arduos cafés de Tijuana.

Es, pues, por un verdadero milagro que nos es ahora posible, a los lectores amantes de la poesía, leer el Angel de fuego, pues ni aún en la circunstancia propicia de haber contado con un poco de dinero sobrante quiso Juan Martínez, en un momento dado, dedicarlo a la publicación de su obra; prefirió hacer una edición conmovedora del Anábasis de Saint-John Perse. Quienes trabajamos en la primera edición del Angel de fuego decidimos conservar el sello del Albatros, con el que fue publicada la traducción de O. G. Barreda de la obra maestra de Perse. Hoy nos es posible apreciar que entre los

dos poemas, el incomparable del maestro francés nacido en la vecindad de la isla de Guadalupe, en las Antillas, y el también incomparable de Juan Martínez, nacido en la tierra de las estrellas azules de Tequila, la fraternidad era, es y seguirá siendo inevitable.

Así, allí donde Saint-John Perse dice: "No sé que voz potente ha hablado en mi techo"; el Angel de fuego dice: "Ya esa voz profunda y poderosa / se había manifestado por el encanto de su revelación". Y es justamente esa voz potente, profunda y poderosa, la que hermana el canto de estos dos poetas. Eso que, a falta de una mejor expresión, llamamos el tono -un tono mayor- del poema. El gran aliento. Y allí donde Juan Martínez dice: "potros de indómita blancura / golpeaban la puerta dorada de tus sueños"; el Anábasis dice: "Bajo las hojas de bronce nació un potro."

Pero no es sólo el tono, el aliento, de un poema mayor el que nutre los vasos comunicantes entre el Anábasis y el Angel de fuego; es el carácter fundacional de ambos poemas y la fuerza indómita de sus revelaciones; es el vasto horizonte de los seres naturales -el hombre y sus creaciones incluido- que en los versos se despliega; es el carácter celebratorio de la creación y la confianza absoluta en sus poderes transformadores; y, quizá más que ninguna otra cosa, es el mar vivo, el mar vivido, el mar omnipresente. Así, en el Canto III del Anábasis, se dice: "Mi alma está llena de desengaños, como el ágil y fuerte mar bajo la evocación de la elocuencia. El olor penetrante me envuelve. Y la duda se alza de la realidad de las cosas." Y, en el Canto XII del Angel de fuego, se afirma:

Mar corroborado en mi presencia
 mar cubierto con el satín delicado de un dios
 olibano aromoso en los conductos de tus interiores secretos
 y ese dios palpitante jadeando
 como un héroe fustigado por su proeza

acometiendo suavemente
 cálidas yedras trepando a mis tobillos
 y el aliento del sol como un lince
 olfateando mi dorso bronceado;
 hora crepuscular, grises vésperos
 rosas pálidos reflejados bajo el fluir del agua
 y buscando su alimento en el ir de las olas
 las zancudas probando una y otra vez su destreza
 interceptada por la fuga constante de su cuello
 y como desmembrándose de su comprensión interior
 el viento trazaba los sueños de su infancia.

El mar y el sol. El mar y la tierra. El mar y los sueños. ¡Cómo podría no ser así! Por supuesto, las corroboraciones poéticas en el viaje de ascenso (que justamente eso quiere decir 'anábasis') de Saint-John Perse, no se hacen esperar : "¡Tierra arable del sueño! ¿Quién habla de construir? Yo he visto la tierra repartida en vastos espacios y mi pensamiento ahora no es extraño al del marino." O bien: "Y el sol es innumerable, mas su fuerza está entre nosotros, y el mar en la mañana como una presunción del espíritu."

El llamado del Angel de fuego es el inconfundible llamado del espíritu:

Por la piedad de vuestros deudos
 abolid en la antimateria los hábitos de violencia
 antes bien, estallad en sollozos
 ante el temblor inmensamente tierno
 del follaje reverdecido por el milagro de la fotosíntesis
 en el sol dorado como pensamientos amorosos
 y recortando sus contornos el cielo anuncia infinitas posibilidades
 milenarias vidas en una sola concentración
 azul suavísimo tan discretamente limpio que dan ganas de llorar...

Angel de fuego: un llamado tan perfectamente claro que no es posible permanecer impávido. Un llamado tan discretamente limpio que dan ganas de responder. Formas de ser antes del tiempo, en el tiempo, y después del tiempo. La poesía de Juan Martínez es tanto una lección de equilibrio entre la forma y lo

inefable, como es una lección de vida. Solamente la auténtica poesía es capaz de hablar de lo que no se puede hablar.

Y como corolario, vuelvo hoy a expresar el mismo anhelo que hace diez años: Ojalá que una lectura y una observación apasionada y cuidadosa de la obra de este artista pueda mostrarnos la justicia de los platillos -lo que él mismo ha descrito en su poema De los ritos luminosos como las nupcias "entre el hombre y lo invisible"- en el fiel de la balanza de nuestra atención.

Heriberto Yépez

**NOCHE Y MAÑANA DEL MUNDO.
A PROPÓSITO DE JUAN MARTÍNEZ**

AUTOGENÉISIS Y AUTODESTRUCCIÓN DE LOS EX CHAMANES

Hay humanos que genéticamente tienen una predisposición chamánica. En las sociedades primitivas, los niños con esta predisposición —los llamados elegidos de los dioses, los ancestros o los espíritus— eran reconocidos por los chamanes más viejos. Se trataba de niños enfermizos, asustados, endemoniados, frágiles, testarudos, caprichosos o problemáticos, niños prematuramente neuróticos, por así decirlo, niños malviajados. Los cachorros de la noche.

A esos niños se les apartaba. Inclusive se les enviaba al bosque, a la selva, para que se perdieran, para que tuvieran un encuentro con alguna bestia. Adquirieran visiones. Su frenesí aumentaba durante la pubertad. Se volvían aún más oscuros. Entonces estaban listos para ser instruidos por los chamanes, porque solamente un ser que ha estado profundamente dañado, obscurecido, puede aprender a emprender el camino de regreso a la luz y, entonces, guiar a otros, volverse un médico maduro, un guía de vuelta del infierno. Sólo aquel que ha estado gravemente enfermo puede volverse médico. Pero para volverse médico, primero, tiene que recuperar la salud psíquica perdida. Este es el reto.

En nuestras sociedades esos niños siguen apareciendo. Es fácil distinguirlos. En algunos casos, reconocerlos es posible a simple vista. Hay señales específicas. Por ejemplo, sus ojos o son profundos o están dañados de alguna forma. Son una mezcla de

extroversión violenta y de soledad extrema. Dicen ser asustados por monstruos nocturnos o dibujan seres extraños, reflejos de los procesos oscuros que se generan en su psique.

Poseen una relación inestable con su madre. Por ella están marcados. Nunca han podido unírsele —durante el embarazo su madre transmitió a ellos una inestabilidad fundamental del espíritu— y, a la vez, no han logrado desprenderse de ella por completo. La ambivalencia respecto a lo femenino los perseguirá durante toda su vida. De hecho, este es uno de sus rasgos más distintivos. Es como si estos niños no hubieran terminado de salir del interior de su madre y todavía siguieran allá adentro, en el mundo más tenebroso; en la vulva generosa y terrible a un mismo tiempo. Y es que en todo momento a lo que estos hombres se dirigen es hacia un *segundo parto*.

Su existencia obedecerá periodos cíclicos de exposición excesiva al mundo y de absoluto retiro. Su relación, por cierto, con lo femenino, será intensa y puede que tan regenerativa como destructiva. La meta de su existencia será comprender el misterio del origen; el misterio de la *creación*.

En las sociedades primitivas, como he dicho, esos niños eran advertidos por los chamanes viejos, que ubicaban en ellos a sus futuros sucesores. Reconocían a aquellos que formaban parte de su estirpe. Los protegían del mundo y de sí mismos, porque si no eran localizados, esos seres se irían atormentándose tanto que la mayoría de ellos terminaría autodestruyéndose. Esto es exactamente lo que sucede en nuestra época. Una época en que se ha roto la estirpe chamánica. No se trasmite ya más la enseñanza. Se ha roto el árbol; se ha desbandado la manada: la camada ha quedado vulnerable. Vivimos una época en que un niño oscuro no tiene nadie que le enseñe a volverse un médico. Por ende, queda en el mundo a su suerte.

¿Qué pasa con ellos? Se vuelven poetas, músicos, psicólogos, pensadores, sacerdotes, escritores de todo tipo, pintores, ermitaños; se dedican al *espíritu*. Se ven atraídos por el pensamiento mágico y hacia formas de vivir similares a las de civilizaciones perdidas o saberes socialmente desaprobados. Se rebelan contra las estructuras sociales porque su espíritu conoce que deben escapar del control, deben buscar los túneles. Se vuelven investigadores de distintos submundos.

Estos u otros también se vuelven alcohólicos, drogadictos, atormentados, bufones, rebeldes, se pierden para siempre. Estos individuos tienen profundos conflictos con el ego, el sexo, las sensaciones, las autoridades, distinguir entre lo real y lo fantástico. Tienden en todo hacia la desmesura. Se vuelven apesados. Son motivo de burla. Y, en muchos casos, sucumben a la pura bufonería. Se vuelven lo contrario de lo que pudieron haber sido y quedan reducidos a payasos, pacientes mentales, pordioseros, vagos, hombres encarcelados; el destino les juega una mala pasada y todas las metáforas de la noche se le vuelven literales. (Ha perdido toda la poesía. Todas las estaciones de su viaje se vuelven mundanas. Su travesía pierde sus figuras). Llegan a periodos de confusión íntegra, de total extravío. La noche los consume, pues de una u otra forma, todos ellos tienen por signo lo nocturno. Y si la relación con la muerte caracteriza a todos estos hombres, a los que no poseen piloto alguno, la muerte los alcanza a mitad del camino.

Los más sagaces de ellos se dan cuenta que son chamanes. Una voz que viene de adentro se los indica; mas el temor a ser objeto de ridículo, carcome el llamado. De cualquier manera se les exige buscar las claves del saber perdido. Pero no tienen guías directas. Lo único que encuentran son pistas dejadas en los libros por otros poetas, quienes en su mayoría, en un momento u otro, enloquecieron, viendo imposibilitado retomar el camino, habiendo perdido totalmente el rumbo. (Los únicos maestros posibles,

pues, a su vez han sido *médicos heridos*). Esta es la más grande tragedia. Los que podrían ser los más sabios de nosotros terminan hundidos en lo oscuro, a falta de una tradición que los ayude, a falta de un camino sugerido en vivo.

Artaud fue, sin duda alguna, el *ex chamán* —es este el nombre que doy a este prototipo del hombre desdichado, a este *iniciado natural* sin maestros sobrevivientes— más claro del siglo XX. Podría decir muchos nombres, incluido el de varios poetas vivos, el de varios pensadores y artistas en varias latitudes. Prefiero quedármelos en silencio, porque sé que cada uno de nosotros sabemos perfectamente de quién estoy hablando.

De estos iniciados naturales o ex chamanes, unos literalmente buscan a hombres sabios, mayores, que los instruyan. Otros encuentran guías urbanos, análogos a los antiguos sanadores de las tribus. Esos corren con mejor suerte, inclusive alcanzan la paz necesaria e iluminación para proseguir el camino. Otros, sin embargo, terminan en hospitales, degradados, adictos a sustancias, que son altamente atractivas, son exigidas por el organismo de los ex chamanes, porque en ellos existe la tendencia al éxtasis, el deseo a practicar el vuelo, hay algo que los llama a probar las bebidas, plantas o químicos que puedan ayudar a elevarlos, a entusiasmarse, hay algo que les pide que revienten la mente del consenso. Saben que deben buscar otra forma de conciencia. Y no tienen otra alternativa que elevarse con lo que tienen a la mano, a falta de rituales y mitos heredados por una estirpe sobreviviente de técnicos-de-lo-sagrado.

Carentes de guías de viaje, muchos de ellos se extravían en estas sustancias. O se pierden interpretando incorrectamente las señales. Por ejemplo, su don adivinatorio se vuelve paranoia; su profecía, pesimismo). Si tienen tendencias de *trickster*, degradados, se vuelven hazmerreíres sociales. En fin: todos sus rasgos profundos se vuelven literales, prosaicos. Nunca logran curarse a sí mismos. Cada vez caen más bajo. Hasta quedar reducidos a la sombra de todo lo que pudo haber sido.

Algunos, por fortuna, dan por sí mismos con algunas claves. Enderezan su camino hacia lo más profundo de la tribu. Extraviados o sanados por sí mismos, a pesar de no contar con una tribu o una estirpe de precursores vivos, en uno u otro caso, todos ellos son hombre de lo oscuro, son los seres nocturnos. Es esta la historia de todos nuestros ex chamanes.

LA INFANCIA DE JUAN MARTÍNEZ

Un momento, alguien toca a mis
orejas,
una voz pendular como fría
ráfaga escucho,
¿será el huésped previsto,
el vislumbrado transeúnte
solitario
de mis pensamientos celulares?

J.M.

Juan Martínez nació el 18 de septiembre de 1933, en Tequila, Jalisco, zona cristera. Las claves de la vida humana se encuentran en las cuevas de la infancia. Juan Martínez fue el octavo hijo, entre diez hermanos y hermanas. Se trató del quinto varón y del último. Fue a él a quien le correspondió llevar el nombre de su padre. Entregar el nombre es, asimismo, donar destinos.

Su padre era Juan Mata Reinaga. Al convertirse en médico, cambió su apellido paterno para no ser dar pie a la broma acerca del "Dr. Mata". Adoptó el apellido de "Martínez". Es evidente que desde entonces había entre Juan, el nombre, el cambio y la muerte una honda relación. (Así como, por supuesto, una contradictoria dialéctica entre la curación y el asesinato). La poesía de Juan Martínez precisamente es el nudo en que se cruzaron nombre, metamorfosis y muerte.

El doctor Martínez enviudó. Como no era del todo inusual en aquella época, al tiempo el doctor se casó con Lucía Rodríguez Rodríguez, hermana de la difunta. Juan fue un niño enfermizo. Se cuenta que era un niño flaquito. Pero más bien, consentido por sus padres. No se olvide que los niños con problemas de salud suelen recibir más atención de sus padres, convertirse en los hijos consentidos. Lo que no siempre agrada a los hermanos mayores, por cierto.

Juan tenía una buena relación con sus hermanas, quienes lo cuidaban, inclusive, antes de que muriese su madre. Como a veces se acostumbra en familias grandes, sus hermanas mayores se hacían cargo especialmente del hermano más chico, en este caso, Juan. En la familia, además, se estilaba que fuesen las mujeres, educadas religiosamente, las que pronto comenzaban a adquirir responsabilidades de labores domésticas y laborales, mientras se les dejaba a los varones más respiro.

Se relata, por ejemplo, que cuando un novio visitaba a alguna de sus hermanas, Juan amenazaba con bajar descalzo de la cama y enfermarse. Es notoria la preocupación que desde pequeño Juan Martínez parecía tener respecto a la separación, la pérdida. Siempre fue un ser muy sensible.

Su interés por la poesía encendió temprano. No olvidemos, por cierto, que su hermano mayor, José Luis Martínez —el mayor de los diez— se convertiría en uno de los críticos y editores más influyentes del país. Se trata de una familia con gente de talento, sin duda, sangre inteligente vinculada al pensamiento, la literatura y el arte.

El pequeño Juan aprendía poesía para recitarla en la escuela y para ensayarla, le pedía a sus hermanas que se sentaran para que le prestaran oídos. Para obtener la atención que el niño creía que merecía. Si ellas se levantaban, Juan se molestaba. Así que sus hermanas terminaban memorizando aquellos recitales.

Conforme fue creciendo, Juan fue pasando de un niño debilucho a joven escultural. (Inclusive llegó a ser modelo de artes plásticas). Hacía mucho ejercicio.

Su madre Lucía murió cuando Juan tenía alrededor de 13 o 15 años. Se trató de una muerte que lo afectaría muchísimo. Juan —que estudió hasta la secundaria— entonces se fue a vivir a la ciudad de México. Ocasionalmente regresaba a Guadalajara. Al parecer el ejercicio lo sacaba adelante. Cada vez se convertía en un hombre más y más atlético. Era popular entre las mujeres, debido a su estatura (1.85 m aproximadamente), su musculoso cuerpo, su piel morena y sus profundos ojos —de un verde inusual, profundos, "impresionantes", según son descritos hasta la fecha—, además de su cautivadora inteligencia.

JUAN MARTÍNEZ, ESCRITOR

¡Generación!
Oíd vosotros la palabra del
viento que habla
por el hálito de mi nariz.

J.M.

Al paso del tiempo, la voluntad poética de Juan Martínez fue aumentando. Aunque siempre hubo en ella una especie de indecisión, de titubeo. Lo llamaba la poesía y el arte visual pero, a la vez, era como si hacer versos o imágenes no fuese suficiente. Como si convertirse en un escritor o en un artista fuese quedarse a mitad del vericuetto, fuese dejar atrás lo más esencial, el sendero de la voz que llama, de la voz que enciende.

Era claro que la obra visual y poética de Juan Martínez prometía. Él, sin embargo, aspiraba a algo más. Estaba descontento con el círculo intelectual oficial, del que seguramente tenía más que idea a través de las amistades y el mundo de su hermano, entonces ya un crítico muy notable y bien colocado en el poder literario nacional.

Durante los años cincuenta Juan Martínez publicó algunos poemas en diarios de la ciudad de México como *Novedades* y *Excélsior*. Su primera *plaque* —*Las palabras del viento*— apareció en 1959, en una colección editada por Juan José Arreola. También dialogaba con sus amigos Sergio Mondragón y Homero Aridjis, entonces amigos cercanos de *beats* visitantes a la ciudad de México, como Philip Lamantia. En *El corno emplumado* se publicarían poemas de Juan Martínez. Era parte, pues, de ese primer núcleo de literatura contracultural en México, sucintado así por Margaret Randall:

Conocí a Sergio [Mondragón], a otros poetas mexicanos y a escritores de varios lugares del continente en las reuniones informales que hacía el poeta estadounidense Philip Lamantia. Philip vivía en la Zona Rosa y allí nos reuníamos noche tras noche. Recuerdo, sobre todo, a Juan Bañuelos, Howard Frankl, Homero Aridjis, Juan Martínez, Raquel Jodorowsky, Harvey Wollin y Ernesto Cardenal. Nos leíamos unos a los otros ("Así nació *El corno emplumado*", en *Alforja*, núm. 36, 2006, p. 22)

De cualquier modo, Juan Martínez veía al mundo intelectual —a excepción de unos cuantos, sus amigos cercanos— con gran ironía y desconfianza. En algún momento decidió separarse de ese mundo. Tomar otra dirección. El viento lo llevaba a otras geografías físicas y mentales. Lo llevaba, para ser claro, a regiones más cercanas al submundo, al que su espíritu le exigía bajar.

Al parecer, un hijo suyo de meses perdió la vida. Eso pudo ser uno de los motivos para partir hacia una ciudad alejada del poder intelectual mexicano: Tijuana. Como sabemos esta ciudad ha sido el destino de todo tipo de fugitivos, nacionales y extranjeros. Una ciudad que debido a su prostitución tiene una inclinación metafísica a volverse sagrada, probablemente algún día lo será, aunque decir esto ahora suene a delirio. (El destino de Tijuana es convertirse en la prostituta-sagrada, figura iniciática metaforizada frecuentemente en las religiones antiguas paganas). La esencia de Juan Martínez lo llevaba a esta clase de ciudades.

Al parecer también deseaba alejarse del círculo intelectual de la ciudad de México, donde, según otros, no era muy bien visto que digamos, debido a su personalidad, considerada estafalaria, excesiva por algunos. Es muy probable que Juan Martínez haya causado más de un desmán y haya resultado odioso para algunos, inclusive amigos. Su descontento se hacía manifiesto cada cierto tiempo. Se había hecho impostergable retirarse del Centro.

Fuese el duro golpe de la pérdida de un hijo o una especie de autoexilio en lo que entonces era una ciudad puramente caracterizada por ser paso hacia Estados Unidos y poseer una vida nocturna extensa,

Juan Martínez fue a vivir a Tijuana, donde ya vivía su hermano Ernesto, que se había quedado a vivir en Tijuana después de conocer la ciudad en una de sus giras como novillero. Juan Martínez llegó a Tijuana en los años sesenta. Ahí permaneció alrededor de veinte años. Ahí escribió su mejor poesía. Ahí también conoció su cielo y su infierno.

¿Qué fue a hacer Juan Martínez a Tijuana? En lo que todos están de acuerdo es que fue ahí a "alejarse" del mundillo intelectual de la capital del país. ¡Qué paradójico! Muchos escritores de la frontera durante esas décadas buscaban a toda costa marcharse al centro, ya fuese para estudiar, trabajar en editoriales o periódicos, relacionarse con los intelectuales de la capital y Juan Martínez, con un apellido que pudo haberle facilitado todos los contactos y abierto puertas, en cambio, decidió largarse a Tijuana, la última esquina del país, precisamente, para no saber nada de la ciudad de México.

Una vértebra que frecuentemente se toca en conversaciones sobre este poeta es la relación que mantuvo con su hermano mayor José Luis Martínez. José Luis Martínez era hijo del primer matrimonio, por tanto, era simultáneamente su hermano y su primo hermano, como ya explicamos. Al parecer su relación fue cambiante en el tiempo. Algunos alegan que se detestaban. Otros que Juan Martínez admiraba a su hermano. Otros que mucho de la personalidad y de las decisiones de auto-exilio de Juan Martínez se deben exactamente a su proyecto de convertirse en un poeta maldito, un bárbaro periférico –como diría Sábato– o un asceta urbano, a diferencia del reconocimiento público del que gozaba su hermano mayor, el primogénito de todos ellos.

Es claro que había una relación más bien tensa, polar, entre ambos. Es claro que estaban unidos; hechos de una misma materia. Pero casi escritores incompatibles, como los dos lados de una moneda que ni dejando de ser la misma puede poner frente a frente sus dos caras.

Lo cual, sin embargo, no impedía que el hermano en mejor situación ayudase regularmente a Juan cuando éste se vio en problemas en su edad adulta, según dicen. De todas maneras, las comparaciones se hacían inevitables. Unos para halagar la dedicación sistemática del crítico, su biblioteca que hay que tocar usando guantes (según relata Elena Poniatowska), su riqueza; otras para acreditar la índole visionaria del poeta refugiado en Tijuana, sus poemas orales, su pantalón hecho de retazos.

Algunos dicen que los conflictos entre ellos se remontan a la infancia. Se habla de celos de cariño durante esa etapa. Otros de competencia literaria cuando se habían convertido en escritores. Algunos recuerdan que el hermano crítico lo ayudó económicamente durante mucho tiempo. Después de vivir en el Ajusco, en casa de un amigo, Juan Martínez fue dirigido a la casa de su hermano José Luis, donde vivió algunas semanas. Pasaba el tiempo dormido –Juan Martínez, dicen, se distinguía por su sueño absoluto, difícil de ser extraído de su oniria cavernosa–; de ahí pasó a vivir a Guadalajara.

Puras paradojas teje esta historia de dúo sanguíneo... En las mismas fechas en que los noventa años de José Luis Martínez –ya en silla de ruedas– eran celebrados en un homenaje de lujo a cargo de la Academia Mexicana de la Lengua, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Juan Martínez moría a sus 73 años, olvidado por casi todos y en medio de limitaciones económicas y un reconocimiento escasísimo.

La historia de la dialéctica entre ambos hermanos está llena de anécdotas que en distintas bocas tienden casi siempre a marcar su polaridad, su divergente actitud frente al mundo literario –uno de ellos, líder del campo crítico mexicano; el otro, un *outsider*

voluntario—; lo cierto, sin embargo, es que compartían más de lo que es evidente a primera vista. Ambos habían perdido a su madre a edad temprana, dos hermanas. Ambos eran escritores notables. Ambos, es evidente, deseaban permanecer en su propio extremo.

Y la verdad más profunda, sin embargo, a final de cuentas, sólo ellos la saben.

EL MÍSTICO MUNDANO

cubierto por la trama del oleaje me dije:
 mar corroborado en mi presencia
 mar cubierto con el satín delicado de un dios
 olivano aromoso en los conductos de tus
 interiores secretos
 y ese dios palpitante jadeando
 como un héroe fustigado por su proeza
 acometiendo suavemente
 cálidas yedras trepando a mis tobillos
 y el aliento del sol como un lince
 olfateando mi dorso bronceado

J.M.

Podría parecer paradójico pero en Tijuana, Juan Martínez se convirtió en una rara combinación, una especie de *místico mundano*. En esta ciudad vivió en la casa de su hermano Ernesto durante un tiempo. Luego en un otro espacio cerca de la llamada 5 y 10, en La Mesa de Tijuana. Fue ahí, por cierto, donde tiempo después quemó su obra.

En Tijuana, Juan Martínez vivía a su manera; hacía lo que quería. Pasaba su tiempo en el centro de la ciudad, especialmente entre las calles quinta y cuarta, se cuenta. Andaba de un café a otro. En Sanborns. Le gustaba sentarse a charlar o descansar en el Caesar's Palace de la Avenida Revolución para, según decía, “ver pasar cada loco”.

Relata José Vicente Anaya de Juan Martínez en los años sesenta:

...yo tenía 15 y él tal vez unos 28... Juan, balde con agua, detergente y trapo en mano, limpiaba automóviles por las calles céntricas de la querida Tijuana y esperaba con humildad unas monedas que muchas veces no le daban. Era costumbre, como ahora, que ese trabajo de desocupados lo desempeñaran niños desarrapados, así es que Juan era un contraste en aquel escenario y no fue poco el rechazo que recibió... A sus espaldas, algunos lo compadecían: “Pobre muchacho, no está en sus cabales”. Nadie atinaba a ubicarlo en lo que realmente era y hacía. Juan se retiraba unos pasos, ensimismado, con su larga cabellera amarrada en cola de caballo... vistiendo un largo abrigo negro y las piernas del pantalón por dentro de unas botas negras que llegaban al filo de las rodillas... Años después... Juan me dijo que se había dedicado a limpiar automóviles en Tijuana por un voto de humildad, y que para él había sido una gran prueba en el encuentro de la espiritualidad (“Juan Martínez. Vate de vates”, en *Poetas en la noche del mundo*, UNAM, México, 1997, p. 177-178).

¿Por qué un hombre siente la necesidad de hacer votos de humildad? O, inclusive, si Juan Martínez sólo posteriormente, años después, reconceptualizó su forma de vida en las

calles de Tijuana, ¿qué lo puede llevar a vivir de ese modo tan humilde? Es evidente que si alguien que contaba con cierto apoyo de su familia y tenía un hermano poderoso en la política literaria nacional, creía necesario vivir así era porque, realmente, en otra parte de su ser ubicaba una arrogancia, soberbia o ego que había que pacificar, sanar, con el antídoto de la humildad casi absoluta.

Alguien que desprecia tanto al mundo literario —u otros grupos de poder— es porque, en el fondo, se siente superior a ellos. Es este orgullo, simultáneamente, el que Juan Martínez pudo haber querido aplacar lavando automóviles en una ciudad más bien perdida del país, viviendo en una cueva en Playas de Tijuana o viviendo de cosas que la gente le regalaba. Recordemos que los místicos se obligan a vivir en circunstancias pobres precisamente para calmar al príncipe egoísta que buscan curar, al ego que desean poner en su lugar.

Podríamos decir que Juan Martínez era un hombre puramente sabio, un guru intocable —como a veces se le ha idealizado— pero entonces faltaríamos a la verdad psíquica más profunda. Es obvio que Juan Martínez tenía sus fantasmas, que había una tendencia en él a desbordar una imagen falsa de sí mismo. Y también es obvio que al ser un hombre que se conocía a sí mismo hondamente buscaba cómo controlar lo que pudo haber sido su propia soberbia, esa gran defensa ante el pavor de la soledad.

Además de ser un gran poeta, a Juan Martínez se le aprecia por su obra visual, hecha con restos de papeles, envoltorios de mercancías, ramas de árboles y otros materiales que reciclaba de la vía pública fronteriza.

De ella, escribe Alberto Blanco:

Cuando lo conocí, Juan llevaba años viviendo en las calles de Tijuana. Se dice fácil. Para cualquiera que conozca Tijuana, esta sola aseveración debe generar escalofríos. Vivir en las calles de Tijuana sin manejar dinero, ¿cómo es posible? Juan se pasaba días recorriendo las calles, los talleres, las playas le fascinaba nadar interminables horas en las heladas aguas del Pacífico y las noches en los cafés que respunteaban la avenida Revolución. En uno de esos cafés, una noche memorable, nos dictó a un grupo de amigos su incomparable *Angel de fuego*. No sé cuánto tiempo lo había traído en su memoria, pero decidió esa noche compartirlo con nosotros... Recuerdo una serie maravillosa de *dibujos* hechos en trozos de lija recogidos en los talleres mecánicos de Tijuana, donde Juan había hecho brotar con su arte único unos paisajes maravillosos, frotando la superficie de las lijas llenas de manchas sugerentes con guijarros recogidos en la playa. Una serie de verdaderas mezzotintas silvestres. Por desgracia, esa serie de lijas se perdió. Lo mismo sucedió con una serie de "naves espaciales" que Juan construyó con papel de aluminio, estaño, envolturas de cigarros y chocolates que recogía de la calle, y que con gran fuerza consolidaba con sus manos hasta darles la forma justa. Todas se perdieron. Asimismo, ignoro qué es lo que habrá sido de aquella "rama dorada" que Juan construyó pacientemente, forrando con papel dorado hoja por hoja una enorme rama desgajada de un árbol cercano. Una obra digna de coronar cualquiera de las grandes bienales. Por desgracia, muchas obras de Juan volvieron por decirlo así al olvido del que fueron rescatadas. Y es que hay que subrayar que todo su trabajo gráfico, pictórico y visual fue hecho con puro material de desperdicio. Mención aparte merecen sus extraordinarias "galaxias": una serie de trabajos de tinta hecho en servilletas de papel, donde logró conjurar, merced a interminables horas de trabajo en los cafés, verdaderas visiones cosmológicas cifradas en un material tan perecedero. Por fortuna logramos rescatar muchas de esas piezas. Unas cuantas pudieron ser valoradas por los lectores de la revista *Memoranda*, que hace años editaba el poeta Sergio Mondragón en el ISSSTE, en un número especial

dedicado a Juan, en el que colaboramos muchos amigos (“Falleció Juan Martínez, héroe de la contracultura”, en *La Jornada*, 20 de enero del 2007).

La obra de un artista —no sólo sus temas, sino también sus materiales, sus métodos— son el doble psíquico de sí mismo. Es muy posible que algo se resquebrajó temprano en la vida de Juan Martínez que lo condujo a reconstruirlo, partiendo de sus fragmentos, de sus pedazos que iría recogiendo en su nueva forma de existencia. Lo que la obra de Juan Martínez muestra es que él buscaba recobrar su lugar en el Universo. Construir ese lugar él mismo. Desde los restos. El mismo era esa rama desgajada (su pérdida de vínculo) que fue cubriendo de papeles dorados (sus luminosas obras). Todo lo que Juan Martínez hizo es altamente simbólico. He de decirlo: simbología pura.

Este simbolismo —psíquico, alquímico, generalizado— no aminora el valor etoestético de su obra, ¡por el contrario!: precisamente porque alude a procesos profundos es que manifiesta gran belleza. La belleza no es más que la convergencia de todas las esferas, desde la psicológica y espiritual hasta la metafísica y matérica. La belleza es la sinergia de las esferas.

Este místico mundano estaba regido por una ambivalencia: alcanzaba sabiduría análoga a lo oriental —liberación por desprendimiento— y, a la vez, era un poeta maldito, en la más oscura tradición occidental. Destruía su obra para liberarse del posible ego que podía derivarse de su conservación, además de que es probable que un espíritu de autoexigencia, de perfeccionismo haya dirigido esa severa autocrítica, determinando que sus obras no habían alcanzado la perfección autoexigida; así como también lo pudo haber guiado la idea de que no era merecedor de la celebridad o reconocimiento que esa obra podría darle. Amalgama, pues, de taoísmo y autosabotaje. No es que haya una causa —positiva o negativa— sino que todas estas circunstancias son las que hacen que un poeta destruya su obra, encuentre maneras de perderla o menoscabarla.

Podrían relatarse muchas anécdotas de su vida en Tijuana. Conozco algunas y obviamente quienes lo trataron en esa época deben conocer decenas. En su estancia en Tijuana hizo algunos amigos, entre los que destacan José Vicente Anaya, Luis Cortés Bargalló, Alberto Blanco, René Gutiérrez, Victor Soto, entre otros. Probablemente desempeñó en esa generación de Tijuana un papel semejante al que desempeñaba el escritor y promotor cultural Rubén Vizcaíno, aunque se dice que éste más bien no veía con buenos ojos a Juan Martínez, cuya enseñanza, además, tiene otras connotaciones.

Hay cierta semejanza entre Juan Martínez y Horst Matthai, el filósofo alemán que se mudó a Tijuana en los años ochenta, proveniente de la ciudad de México, a la que arribó en la década de los treinta. No solamente ambos dedicaron su vida a la redacción de una obra misteriosa, escrita en un lenguaje enigmático, que es necesario interpretar palabra por palabra para comprenderle, sino que también ambos llegaron a Tijuana para aislarse. Para alejarse de los centros de poder hegemónicos, intelectuales y políticos. La sabiduría de ambos requería tomar distancia, alejarse de la capital, acudir a la zona más septentrional de la cultura mexicana. Uno de los extremos de su espíritu.

Creo que nadie se ha percatado de esta semejanza entre ambos. Los dos desplazaron al lenguaje hacia una zona metafísica, guiados por el pensamiento antiguo. A mi parecer Matthai llegó más lejos. De una u otra forma, Juan Martínez y Horst Matthai representan dos figuras que todavía no han sido asimiladas. Dos figuras que tardarán en ser

reconocidas en su dimensión justa. En Tijuana se generó en el último tercio del siglo XX, un pensamiento metafísico, una mística del encuentro, maravillosa.

DESINTEGRACIÓN E INTEGRACIÓN EN EL UNIVERSO DE JUAN MARTÍNEZ

el terror de la locura, la locura de la nada
y una invernal llovizna de cansados anhelos
humedeció el origen de la huella del hombre.

J.M.

No sé la fecha exacta, pero en un momento Juan Martínez fue ingresado a un hospital psiquiátrico. ¿Qué ocurrió? Probablemente se desplomó el vuelo. Hay algo que debe entenderse. Estos hombres son capaces de una profundidad terrible; quienes lo rodean se espantan de lo que sucede en ellos, porque lo que intenta ocurrir en su organismo es una auténtica alquimia interna. Se acerca el segundo parto. De no tener un ambiente acogedor aparece lo que socialmente se denomina “locura”, un desorden de todos los sentidos, una sustitución de la fantasía social por una serie de imágenes que provienen del interior del alma, una sustitución de mundo en que el reemplazante se comporta fuera de sí de acuerdo con los patrones consensuales, al maldito sentido común que nada entiende. Se trata de la más intensa etapa de la metanoia, en que el viajero parece un desquiciado. La crisis ha tocado fondo. Lo que la mente dice en esas etapas es: MUERE. En realidad, esto es exactamente lo que tiene que suceder: debe morir el viajante, pero morir para renacer. Y lo que casi siempre ocurre es que la voz interior que pide que mueras es interpretada erróneamente —debido a defectos de iniciación y nuestras ideologías acerca de la muerte— que el individuo confunde este llamado de *muerte regeneradora* con una *aniquilación física*. La muerte necesaria para el renacimiento espiritual es ejercida por el sujeto como voluntad suicida. El vuelo se convierte en barranco.

Se aceleran los procesos de autodestrucción. No sé exactamente qué fue lo que Juan Martínez hizo para ser internado. Pero puedo asegurar que el llamado a la muerte o fue malinterpretado por él mismo —agravando su autodestructividad— o fue malinterpretada por quienes lo rodeaban. Se convirtió en un “caso psiquiátrico” alguien que, en realidad, poseía dotes de iluminado.

Juan Martínez era un hombre de creencias más bien orientalistas, ecuménicas. De cualquier manera nunca quiso perder una parte de su devoción cristiana. Decía hablar con Cristo. Sus propios cuadros, afirmaba, dialogaban con él. Poco después de estas aseveraciones suyas, ya fuera de Tijuana, sus familiares, al parecer, lo internaron en una clínica de rehabilitación o un hospital psiquiátrico, según otras versiones. Lo hicieron, seguramente, pensando en su bien, creyendo que era lo mejor que podía hacerse para protegerlo de él mismo. Ahí adentro, desgraciadamente, se repitió la historia de los electroshocks, porque, como es bien sabido, en esos hospitales no se cura la mente sino que mayormente se le castiga. Podría apostar que en lugar de ayudarlo, todos esos tratamientos terminaron de dañar las alas del “ángel” —símbolo de la voluntad de adquirir otra identidad, la inmaterial unión con el Cosmos, allende el cuerpo matérico—; la soledad y vulnerabilidad de Juan Martínez debió incrementarse a su máximo.

Afortunadamente Juan hasta su vejez fue un hombre físicamente fuerte. Cuenta una de sus sobrinas que en sus últimos años solía todavía alardear con los chiquillos del barrio donde vivía que podía colocar un palo entre sus manos y dar un salto por encima de éste sin dejar de sostenerlo, acrobacia difícil de reproducir por cualquier de nosotros. El cultivo del cuerpo seguramente fue uno de los factores más importantes que salvó a Juan Martínez de todo lo que pudo haber vivido durante su desintegración.

De nuevo: ¿qué pasó con Juan Martínez? Es probable que haya perdido el rumbo por un tiempo. Haya sucumbido a excesos. Los demonios le hayan dado alcance y aislado de sus antiguos amigos y discípulos —por decisión propia, no por abandono que pueda ser reprochable— Juan se hundió en su caverna, como parte de un mal viaje. Durante más de un año, se cuenta, nadie supo dónde estaba. Probablemente habitó las calles. Probablemente ni siquiera él mismo supo dónde estuvo. A mitad de la década de los noventa volvió a la ciudad de México. Volvió a tener domicilio conocido. A final de siglo volvió a Guadalajara.

El último Juan Martínez al parecer estaba sumido en recuerdos. Recapitulando. Ya no escribía. Ya no pintaba. De cualquier modo: había pasado una prueba: había sobrevivido algo que muchísimos ya no rebasan. Estaba agotado pero lúcido. Llevaba tres o cuatro años viviendo con unas amistades huicholas —entre ellos, al parecer un artista—, en una casa, por cierto, donada por una pintora.

Vivía humildemente. Tenía consigo sus publicaciones. Apreciaba las visitas que se le hacían. Le gustaba prender veladoras en su espacio. Le gustaba conversar. Caminaba mucho. Su familia veía por él. Deseaba que sus obras fueran recuperadas; en ese momento de su vida deseaba tener sus obras consigo. Según su sobrina Claudia Ramírez, Juan Martínez terminaba de darse cuenta del peso de lo que había hecho. La pidió a ella que hablara con las personas que le habían hecho el favor de cuidar su obra. Incluso bromeaba que debía hacerse una exposición de su obra visual llamada “Non Plus Ultra”. A su propio juicio, su obra se refería a la “estimus”, la glándula que según sus propias palabras “despertaba al tercer ojo” y accedía a la “eternidad”.

¿Estuvo Juan Martínez “loco” en algún momento? No lo creo. Había pasado por crisis psicológicas, debido a sus experiencias en la vida y debido a ser un elegido por los dioses. Una vez que una hermana suya lo llevó con un doctor —al parecer ya después de su salida de aquel psiquiátrico— para ver cuál era la opinión profesional sobre su estado mental, el doctor examinó a Juan Martínez —a pesar de que no le gustaba ir con médicos—; ambos conversaron largo rato. Cuando el doctor terminó de charlar con Juan Martínez y la hermana esperaba el diagnóstico, el doctor sencillamente le dijo: “disfrute mucho de su hermano”. Juan Martínez era un hombre de una percepción extraordinaria. Basta mirar sus ojos o leer sus poemas para darse cuenta. Los hombres que ven tanto, por supuesto, muchas veces sufren y, sobre todo, casi siempre gozan.

En el 2006, Juan Martínez cayó enfermo. Fue internado primero en una pequeña clínica. Después de emergencia en el Hospital Ayala de Guadalajara, donde murió de una insuficiencia cardíaco respiratoria el 18 de enero del 2007. Murió serenamente, dicen. Sin quejarse. Murió tranquilamente. (Nada sería más contradictorio con Juan Martínez que lamentar su partida. Hay una anécdota que, creo, deja claro lo que este poeta pensaba de la muerte.

Cuando su hermano Ignacio murió, su familia no sabía cómo darle la noticia. Antes de enfermarse, su hermano Ignacio solía visitarlo y platicar mucho con él. Temían que resintiera la pérdida, que le afectara demasiado. Pero un día una hermana suya decidió

darle la noticia. Estaban en el patio. Ella le dijo lo que había pasado no sabiendo cómo la tomaría su hermano. Apenas escuchó aquello, Juan Martínez se regocijó por completo, empueñó las manos intensamente, volteó al cielo y dijo que era increíble, “¡hace tan poco tiempo estaba aquí y ahora se encuentra integrado al Universo!”.

Sus restos se repartieron entre la ciudad de México, Guadalajara y Tijuana, las tres ciudades en que se dividió su historia. Las tres urbes que lo vieron desintegrarse y reintegrarse al Universo.

OCTAVIO PAZ Y JUAN MARTÍNEZ

...no intentes el retorno,
permanece adherido a tu isla.

J.M.

Octavio Paz consideró incluir a Juan Martínez en *Poesía en movimiento*. No lo hizo porque Juan Martínez no contaba con un libro publicado. Anaya argumenta que Paz creía que Juan Martínez sólo sería un poeta de “relumbrón”, que todavía no podía considerarse que tuviera un compromiso serio con la poesía. Paz no quiso tomar el riesgo de incluirlo, a pesar de que era evidente que merecía la inclusión por la calidad de sus versos. Años después, una de las sobrinas de Martínez conoció en una fiesta al premio Nobel. “¿Así que usted es sobrina del maestro?”, le preguntó a la mujer. “Sí, José Luis es mi tío”, respondió ella. “No —le aclaró Paz—. Me refiero a Juan”. Antes que Paz, por supuesto, la poesía de Martínez ya había sido celebrada por otros, aunque, como sabemos, el círculo de sus lectores no debe rebasar unas pocas decenas. ¿Qué pasó con el libro publicado en 1986 por la Universidad Autónoma Metropolitana? No hubo eco.

En la edición estuvieron involucrados sus antiguos amigos de Tijuana, quienes aportaron los materiales para la recopilación. En la edición estuvieron involucrados también Christopher Domínguez, Javier Sicilia y al parecer Evodio Escalante. A pesar de haber aparecido en un contexto que podría asegurarle cierta atención por parte de otros críticos, el poemario no fue recibido como merecía. Gran silencio. Esto es, los grandes poemarios casi nunca son recibidos con justicia, pero llama la atención que la supuesta crítica mexicana sea tan rigurosa y, sin embargo, ante un libro tan evidentemente extraordinario no haya sabido abrir los oídos o, por lo menos, los ojos. La crítica mexicana actual, como sabemos muchos, deja bastante que desear. ¡Ah! ¡Si por lo menos diera señales de existencia!

Aunque, por otro lado, la falta de recepción crítica al libro es más que comprensible. Para entender su poesía, para disfrutarla, ¡hace falta ser sensible a la mística! Y la realidad es que de aquello que escribió Juan Martínez, pocos lo inteligen. Malabares verbales incluso los lectores de poesía los medio-entienden. Pero mística... Para eso se requiere tercer ojo latente.

FUSIÓN CON LO FEMENINO: METANOIA DE JUAN MARTÍNEZ

Una a una las búsquedas
revelándose se revela, rechazándose se
encuentra

la Eternidad en nuestro sueño
 ligera transparencia por donde cuele el viento
 un abismo imprevisto de vuelo y de sufragio
 y sucesivamente engendra por la retrospección
 con la protuberancia del azoro a cuevas
 desfilan sensaciones pasadas el futuro
 entrevisto
 pero inviolado aún
 solo en cuerpo absoluto de innumerables ojos
 el Universo contempla nuestra embriagada y
 pasajera esencia

J.M.

Si bien su poesía es mística, no todo es unión festiva en la poesía de Juan Martínez. Las pérdidas durante su vida dejaron valles de sombra. Juan Martínez no era un hombre unidimensional. No era únicamente un hombre místico. Juan Martínez fue también un hombre atormentado. (No lo olvidemos: sólo un hombre profundamente dolido puede desarrollar la voluntad de unión con el Cosmos; sólo quien conoce el abismo, casorios puede con el firmamento). Una parte de sus versos son registro de estigmas. Esto queda registrado, sobre todo, en sus primeros poemarios.

En general, su poesía se trata de *un sujeto espiritual en búsqueda de unión con el principio femenino universal*. Se trata de la *metanoia* que es necesario emprender a un hombre de intelecto (dominado por la luz masculina), cerca de la mitad de su vida, para asimilar la otra mitad de la fuerza espiritual (la luz femenina).

De no realizar este giro, el hombre sucumbe en una crisis de esterilidad, de sexualidad, una crisis total. Lo que Fitzgerald llamó —sin saber plenamente su significado— “crack up”.

Se trata de etapas dentro de la transformación chamánica. Así la identifiqué porque esta es la transformación que realizan los chamanes a edad más bien temprana. De cualquier manera, el giro es necesario en cualquier humano, aunque diverge en cuanto dirección dependiendo de cada sociedad o género. En todo caso, sin embargo, se trata de girar hacia el otro lado. Se trata de una conversión protréptica.

Si uno lee detenidamente a Juan Martínez se puede entender que, en su caso, el giro era hacia la integración con la madre cósmica. Esta búsqueda fue disparada no sólo por un cierto elemento genético sino, además, por la pérdida de su madre durante la pubertad. A partir de ese momento, la existencia de Juan Martínez, su corazón-pensamiento, lo dirigiría hacia la adquisición de una nueva madre, una madre universal, que no podría volver a perder jamás.

Buena parte de su poesía es una descripción de esa región femenina, de la *maternidad inmaterial*. Él sabía que sólo cuando tras alcanzar ese estado dejaría de desintegrarse. Sólo ahí todos los papeles dorados sanarían la rama desgajada.

Allí lo esperan las fuerzas telúricas para
 devolverle la salud física
 y allí lo esperan también las fuerzas cósmicas
 para devolverle,

su perfección psicológica primitiva. Después de hacer el “camino de la tierra” volverá el héroe a las profundidades a purificarse en la muerte. Saldrá de ella, al tercer día, en su segundo nacimiento “a comer del Árbol de la Vida, el que está en el centro del Paraíso de Dios”, será como los dioses. Estará apto para, unido ya a lo femenino, desaparecer en el superhombre.

Una y otra vez alude a esta integración con lo femenino. Su obra es cifra de este tránsito metanoico que él mismo requería hacer y que, probablemente, no terminó de realizar y por eso sucumbió y cesó su creatividad o, por lo menos, disminuyó y nunca terminó de tener armonía con lo que hacía. Sin embargo, no puede reprochársele falla. ¡Juan Martínez vio lo que pocos! Se dio cuenta que es “más rápida la inteligencia cósmica / que la destreza erudita del intelectual”.

Esta fusión con lo femenino inclusive se mostraba en su relación con el mar. Como es bien sabido, el mar para el inconsciente es símbolo femenino, símbolo de la maternidad cósmica. No es casual que Juan Martínez frecuentemente se metiese al océano. Su inconsciente lo guiaba ahí. A pesar del frío, de las corrientes heladas. A pesar de que sus familiares y salvavidas conocieran de esta costumbre suya y les preocupase que un día no regresara a la orilla. Algunos podrían decir que su costumbre de meterse en las heladas aguas del Pacífico era parte de sus hazañas de yogui. Hay más que eso. Juan Martínez se metía al agua para unirse con su madre readquirida. Lo que más deseaba Juan Martínez era unirse con el Universo. Retomar “la preeminencia de mi conexión prenatal”.

Bien podría ser que su crisis sobrevino porque no alcanzó esa fusión, permaneciendo dominado por el principio masculino que cultural y familiarmente había heredado, por la estructura patriarcal y la sobrestimación del intelecto racional. Pero también podría ser que en su anhelo de recuperar a la madre perdida, Juan Martínez se haya envenenado de sobredosis de elemento femenino, no sólo a través de drogas de carácter femenino — como la marihuana— sino, en general, a través de su existencia volcada en extremo hacia ese elemento. No podemos saberlo. De todos modos, me parece importante señalar estas dos posibilidades.

Esta confluencia o identificación excesiva con el principio femenino socava las fuerzas del sujeto masculino. Es harto común entre seres de instinto poético o estirpe chamánica. Es una de las principales causas —si no la principal— de su malogro.

Qué sucedió exactamente con Juan Martínez, permanecerá en el misterio. Por otro lado, en lo que toca a qué significa su obra no tengo duda alguna: su poesía es la descripción del paso del principio masculino hegemónico al principio femenino cósmico; el paso del hombre regido por el ego patriarcal y el intelecto racional hacia la fusión con el alma femenina y la visión imaginal.

EMERGENCIA DE LA MÚSICA MÍSTICA

Alquimia secreta ungiendo en los labios un
gusto de horizonte
abstracciones videntes
acechando en la atmósfera sedimentos de
augurios insondables

J.M.

Su escritura exige exégesis. Poema a poema suyo, verso por verso, podría comentarse, glosa indispensable para su caza de éxtasis. Su poesía es una serie de criptografías (o quizá diría él “criptocracias” y “abstracciones videntes”) acerca de la *recuperación del infinito*. ¿Puede interesar esta poética al lector sin preciencia? La respuesta obvia es la causa de que no pululen sus lectores. Para gozar de su poesía hay que haber disfrutado antes del júbilo del vínculo.

Tiene razón Luis Cortés Bargalló cuando argumenta que la segunda parte de la obra de Juan Martínez —aquella que comienza con las secciones “De los Ritos Luminosos” y “En el Valle Sagrado”— reformula las visiones de su obra anterior. Escribe Bargalló:

los poemas que la integran marcan un cambio formal respecto a la obra anterior. Median quizá muchos años en los que el artista, sin cambiar de dirección, ha trabajado intensa, devotamente en la pintura y el dibujo. Mientras que en la poesía precedente ha desarrollado un complejo tapiz en el que se anuda la paradoja de la profusión y el silencio, así como la intensidad plástica y espiritual de una realidad visionaria, los poemas de este *corpus* se han concentrando con el manejo de una expresión más sencilla y, hasta cierto punto, inmaterial. Estos poemas, sin embargo, no son lo que en el contexto del análisis literario podríamos llamar un rompimiento, estos poemas son el ideograma de su poesía anterior. (“Los ritos luminosos de Juan Martínez”, en suplemento *Identidad* del diario *El Mexicano*, Tijuana, 4 de febrero del 2007, p. 6).

Efectivamente hay un cierto código en que están escritas las poesías de Juan Martínez. Este código que exige desciframiento, traducción hermenéutica, ya había sido sugerido por el mismo Martínez en sus poemas tempranos. Dice el “Argumento” de “Los neumatismos”:

Visión de los Reinos Crepusculares

Plaza gigantesca: El mundo
Árbol: La vida
Mujer Sol: La sabiduría
Cuervo: El subconciente
Doce frutos: Meses del año
Voces: Ambiente del siglo
Rata: La muerte
Espejos biconvexos: Acontecimientos
Sorpresivos.

No es que el estilo de Juan Martínez sea arcaico o anacrónico, sino lo contrario: este lenguaje viene del porvenir, un porvenir que la mayoría de nosotros no conocerá nunca

(adquirir estados visionarios) y, por ende, desconocido pretérito se antoja. La poesía de Juan Martínez es esotérica.

Pero no lo es por ánimo de ocultar sino porque no hay otra alternativa que recurrir a un lenguaje simbólico o metafórico para describir estos procesos, estas imágenes mentales. Su mente se veía inundada de diagramas (mandalas) de los procesos que ésta atravesaba, procesos que aludían a las reverberaciones de la alquimia psíquica en que la mente se licúa para transformarse en otra, en una suerte de orgasmo en cámara lenta, en un *orgasmovimiento* que puede durar décadas. Es por eso que Juan Martínez acudía al dibujo, porque el seguimiento y registro de ese proceso interno exigía paisajes visuales, trazos que rebasaran las constricciones de la palabra escrita.

En uno y otro caso, su poesía y su obra visual no pertenecen a la pura esfera de lo literario o lo artístico-estético sino que son obras religiosas, lo cual es más amplio que la literatura o el arte, que se derivaron, precisamente, de la decadencia de las religiones iniciáticas.

Los poemas de Juan Martínez son descripciones poéticas de procesos espirituales. Cifras de viajes. No se tratan de emisiones literarias —cuyo móvil sea la eufonía engolosinada de sí misma— sino de descripciones de procesos y estados místicos. Matthai distinguía entre lo “trascendente” y lo “trascendental”, confusión y reemplazo que entraña la mayor pérdida. Una divinidad trascendente es aquella que está separada. Una divinidad trascendental aquella en la que el sujeto participa (al hacer partícipe de sí mismo; al cerrar los ojos y hacer el viaje hacia adentro), se alcanza por inmediatez de avance, por auto-envoltura. La poesía de Juan Martínez conoce la índole trascendental de la divinidad, en contraposición a la prohibitivo “Dios” trascendente cristiano.

Juan Martínez describe, paso a paso, el proceso por el cual el individuo va creciendo por dentro hasta volverse idéntico al gigante de su cuerpo auténtico. Este es el otro gran tema de su poesía: el proceso por el cual, una vez reconciliada la díada humana (femenino-masculino) *emana lo creativo*.

BLANCO

*Sobre un tema
de abstracción.*

En el tiempo por excelencia perpetuo,
se verifica una constante metamorfosis
cambios tan radicales
que la razón aumenta su pasión
por los veredictos centellantes,
todo surge como alusión
a lo puro, circunstancial, hermoso
algunas veces
cantando en la superficie del agua
en el entrecejo de una bestia taciturna,
al conducir un pájaro por brillantes atmósferas
en una estación de alegría interior
centro grave en el cual se gestan
las más encontradas versiones,
dualidad, contrapunto
ejerciendo en el ministerio del espacio
su más tierno refrigerio de conclusiones alpha.

“Abstracción” significa síntesis y repunte. Abstracción significa separar, traer desde lejos. Abstraer: *traer desde el discernimiento*. Distinguir lo lejano, acercarlo. Abstracción significa (aquí) *claridad*. “Sobre un tema de abstracción” alude al discernimiento de un proceso generatriz. Se ha podido contemplarlo, se ha podido distinguir cómo acaece. Se le puede (entonces) describir. (La aparición de la revelación nacida en el espíritu).

Martínez iba aclarando su poesía en su mente. Iba ritmando el itinerario. Tramo por tramo, atrapaba un avance. El avance hacia la mente en orgasmo. Orgasmovimiento. En “Blanco” Juan Martínez describe la aparición eclosiva merced a la cual el entusiasmo surge del centro del hombre y se extiende para volverse delicia. Y si el salto deviene alegría puede devenir poema, entrega de dones, muestrario de espasmos.

“En el tiempo por excelencia perpetuo” es una alusión a la sensación de eternidad, ahoridad que se alcanza en el éxtasis que no es explosivo sino que se desparrama lentamente, en borbotones de Absoluto fluyente. “La constante metamorfosis” es la sucesión de transformaciones ininterrumpidas “cambios tan radicales / que la razón aumenta su pasión”: se ha alcanzado el entusiasmo; en consonancia con la sensación de eternidad, presteza a la expansión, el individuo se exalta. En este estado, brotan de él “veredictos centellantes” (iluminaciones).

La verdad es lo inseparable. El lenguaje que se vuelve epidermis.

Ese lenguaje no se pierde.

Apenas brota se sumerge para volverse nuestro nuevo rostro.

El estado místico dicta.

En el dictado unitivo “todo surge como alusión / a lo puro, circunstancial, hermoso”, transcribe. ¿Qué es lo que transcribe? Su propia sensación de viaje, este recorrido que se enuncia “cantando en la superficie del agua”. El mar comienza con una gota expansiva que se multiplica debido a la “estación de alegría interior / centro grave en el cual se gestan” todo tipo de explicaciones, se abre el acceso a comprenderlo todo, casi en elección de interpretaciones inmediatas, en cornucopia de soluciones que a pesar de su “dualidad, contrapunto” no rompen la armonía del *espacio gnóstico* (Lezama) sino que se convierten en el repertorio calmo, “su más tierno refrigerio de conclusiones alpha”, sabiduría que reconvierte todo en principio de nueva cuenta, en regreso al punto inicial del viaje.

En “Blanco” Juan Martínez re(a)sume (abSTRAE) el proceso por el cual él se endiosaba, comprendía el universo circundante y escribía el dictado de lo concéntrico.

Una y otra vez su poesía describe la emergencia de pensamientos tras la fusión alegre, hacer que los pájaros canten el cráneo; big bang del sujeto.

Toda su poesía es sensualidad de la mente.

DE LA MAÑANA DEL MUNDO

...a la muerte su Dios había alcanzado.

J.M

Comencé este texto, entre biográfico y especulativo, hablando de la interrupción de la transmisión chamánica, de los iniciados naturales —es significativo que J. V. Anaya describe en una conversación suya a Juan Martínez precisamente como “un metafísico natural”— o *ex chamán*. Lo hice, como el lector espero ya lo haya advertido, porque sin duda Juan Martínez era uno de éstos. Lo que he deseado hacer en este ensayo no es solamente sumarme a los que ya anteriormente han llamado la atención sobre este poeta más que excepcional; además, me ha interesado a través de su obra y vida describir una parte del proceso por el que atraviesa un *ex chamán* —o quizá debería decir: *pre-chamán*—; la biografía espiritual, el riesgoso camino de un *iniciado natural*.

Esto mismo podría hacerse a partir de la obra y vida de otros poetas, especialmente Artaud, Blake, Nietzsche, Rimbaud, Poe, Hölderlin, Sábato, Ginsberg o Lautréamont. México ha sido pródigo en ellos. No olvidemos que nuestra macrocultura contó, no hace demasiado por cierto, con decenas —si no es que centenares— de estirpes chamánicas en el sur y norte del territorio, tratándose de una de las regiones más intensamente chamánicas de todo el planeta. El gen iniciático, pues, abunda en potencia y aún hoy en la degradación de nuestra cultura global-mestiza, las huellas chamánicas persisten, aunque vergonzosamente rebajadas y disminuidas.

No es casual, digamos, que Artaud haya conocido que para recuperar los poderes ancestrales de los que él se sabía demediado poseedor, haya sentido la necesidad imperiosa de viajar a México. Si es que todavía hay alguien que ignore esto, puede consultar sus escritos y leer lo que él sospechaba: en México se encuentran las claves para reanudar el legado. El conocimiento de las técnicas curativas y las epistemologías generales para readquirir la visión.

Sobre el secreto que guarda nuestra cultura han escrito muchos, desde expertos académicos en las culturas prehispánicas hasta poetas y, no se puede negarlo, fantasiosos e idealistas. En todo caso, guiados o desviados por la joya al centro de México, un país que inclusive en su nombre revela su esencia nocturna, su viaje hacia abajo. El tiempo de reanudar la transmisión sistemática llegó desde hace mucho tiempo. Se ha demorado ya demasiado. No hay señales, sin embargo, de que pronto pueda renovarse. No, por lo menos, en las siguientes décadas, ya que si el chamanismo tardó milenios —si no es que cientos de miles de años— seguramente no podrá restablecerse en unas cuantas décadas. De cualquier manera, las semillas aumentan.

Hay una criatura venidera, hay un canto-llanto, un quejido de semilenguaje, hay un nacimiento del cual los románticos occidentales, los chamanes agonizantes indígenas, la sabiduría tardía, la escasa sabiduría de nuestro tiempo y los poetas malditos, son los bebés-abuelos. Decía Nietzsche: “el desierto crece”. Pero el desierto, es precisamente, el mejor abono al espíritu visionario. Y las semillas no sólo han sido, poco a poco, depositadas por los herederos naturales o los vestigios de los ancestros, sino también por poetas y sabios de otras regiones del mundo, incluyendo a los poetas de la autodestrucción romántica y otros visionarios occidentales, cuyos libros son parte de los legajos sagrados de la nueva religión reconstituyéndose a partir de sus fragmentos, a partir de sus ruinas, de sus ramas quebradas, de sus papeles dorados desperdigados por el viento. El tiempo de la autodestrucción está por terminar.

Ninguno de nosotros puede saber cuándo, pero la transmisión visionaria, eso es seguro, eso es inevitable, será restablecida. Esa transmisión no será un simulacro del chamanismo del pasado. Tendrá que ser nueva. Tendrá que ser desconocida. Ya la luz se

asoma, ya la luz despunta. La noche no ha pasado, es cierto, pero ya se acerca, ya despierta, la mañana del mundo.

En las palabras del viento

En las palabras del viento

a José Luis Martínez

¡Generación!

Oíd vosotros la palabra del viento que habla por

[el hálito de mi nariz.

Olvidado el mundo de su atavío, y el pájaro de

[su concupiscencia

encontré la sangre esparcida del alma de los

[pobres y de los inocentes,

y no la hallé precisamente en excavaciones,

sino en todas estas cosas que tocamos a diario con

[nuestra mirada,

mis entrañas encendidas clamaron y guardé su

[enojo para siempre,

la amargura de mi corazón penetró hasta mis tuétanos,

las aguas en lo alto detuvieron su paso y la lluvia faltó,

miré la tierra y he aquí que estaba asolada y vacía,

los montes temblaban de pánico, los cielos oscurecían,

y los andamios de mi cerebro como jaula de pájaros,

[se encontraba de engaño,

mis ojos no vieron ni mis oídos oyeron,
 entonces subí hacia el mediodía y cabalgué llanuras
 [como la sombra de la tarde
 y he aquí lo que encontré y traigo para vosotros:
 no os alegréis todavía, simplemente es un sepulcro abierto,
 uno para cada uno, valientes perseguidores de la verdad.
 Mudado el negro su pellejo y el leopardo sus manchas,
 escalzaremos la noche, abatiremos su heredad
 y desde los rincones de la sombra extravagantes
 [partidarios elogiarán nuestros modales,
 mas nuestros pensamientos acompasados descansarán
 [bajo muros distintos,
 el betún del silencio reunirá recuerdos panfletarios de
 [la tierra dormida,
 la fuente de la noche derramará sus silicatos,
 y con ávido dedo recorrerá los labios del suicida
 que estará con la náusea de su mareo celeste.

Abajo, numerosas familias de acrídidos moribundos
 repasarán el lenguaje de las constelaciones,
 y en su simiente alada,
 como poetas con sus palabras viajarán por un clima más vasto
 que el imperio del sueño.
 Soledad: creo que no estaré solo en las gigantescas y
 [solidificadas planchas de sabores,
 cualitativas porciones han mezclado su alma a los asuntos lejanos,
 donde ladridos de perros y croar de ranas avivan ciudades,
 perturbando al príncipe de una patria de imágenes.
 ¡Pero y los otros! Los malaventurados que proclama-
 [ron acrofobia por temor a la nada,
 con langorosos violines en la punta del alma,
 y no apoyaron su frente en la última estrella,
 ni uniendo la fisura de sus labios se ungieron con los
 [enjambres del silencio,
 y al oír el silbido más puro de la perdiz errante
 [tornaron a construir bufandas para pájaros,
 los que con brasas pálidas bajo las cenizas de sus plantas
 ignoraron por siempre la estatura del viento,
 y en olor de suavidad no abrevaron en las colmenas del olvido,
 esos no entrarán nunca a los hermosos climas del espacio
 [y el sueño.

Los neumatismos

a Alí Chumacero

I

La sensibilidad ha sido siempre un motivo de lujo;
pero cuando los ojos al ciento por ciento clarividentes
de la señorita Mammón dilucidaron entre sí cuatro momentos de
[sucesión estática,
de la lengua escaparon dos terribles frases pájaros;
hermosa, tengo sueño; entonces la luz de los ojos se tornó en acción,
las lágrimas secretas gastaron el recóndito umbral,
y el fuego de la lujuria consumió la cima de la imaginación.
En ese momento mi alma lanzó un trágico aullido,
el silencio revoloteaba
y el crujir de los vientos se escuchó en mi tranquilo pecho;
mas el infinito se confundía en un círculo estrecho en mi cerebro.
Afuera, la caza nocturna de polvos inmortales
era trazada en su carrera por errantes palomas,

pero un áspero zumbido celeste interrumpía la búsqueda;
 entonces el miedo se apoderó del terror,
 el terror de la locura, la locura de la nada
 y una invernal llovizna de cansados anhelos
 humedeció el origen de la huella del hombre.

II

Roto el dique del tiempo, los últimos dedos de las horas
 se aferran a las riberas del recuerdo;
 ¿que será de la colilla tirada por la borda de río?
 ¿Y del abrigo negro marchito de tiempo?
 ¿La amante triste como sombrío canal,
 repasará la dirección perdida de un supuesto heredero?
 Mi hermano casi duque ¿viajará sobre la dulce canción
 resbaladiza de la niebla de Londres?...
 Un momento, alguien toca a mis orejas,
 una voz pendular como fría ráfaga escucho,
 ¿será el huésped previsto,
 el vislumbrado transeúnte solitario
 de mis premoniciones celulares?
 ¿será el alma de los espejos rotos
 sudorosa de vaho?
 ¿Quién puede ser, en esta hora sin tiempo
 en esta canto sin amor?
 Mi cerebro formula vagos pensamientos.
 Si las lágrimas del sol entierran a sus muertos,
 él no estará tranquilo en su palacio eterno,
 a pesar de que el viento remueva sus constancias
 de brocados y sedas,
 pero... y las doradas constelaciones,
 ¿asumirán aún su dogmática fidelidad para sus confederados?

III

Más lejanos de las estrellas
 y más cercanos del ojo,
 vamos con paso lento hacia las sombras,
 un constante caldero de esencias impuras reverbera al oído;
 el aleteo sombrío de lo inmortal
 aturde los anhelos,
 pero los polvos eternos se rescatan del canto entre la bruma
 y la distancia que surgen bajo el sueño;

después el pájaro suelta un canto
 sobre un hacinamiento de palabras,
 y la esperanza surge
 como una flor profética
 renovando el aroma salobre de la tierra.
 He aquí el momento amargo entre el nacer
 y el morir, entre medir el tiempo antiguo
 y calcular el futuro
 en la velocidad de las inmensidades cósmicas,
 y con la resultante procrear la hiel
 a la silvestre rosa,
 con su simiente
 de consabida devoción.

IV

Mas el nutrido lamento surge del sótano
 de nuestras tensas vísceras, iiiii, iiiii, iiiii
 se oyen las voces retumbando en la
 noche, y con un corto esfuerzo,
 se perciben acordes la plantas asesinas
 de nuestro mustio origen, plaff, plaff, plaff
 los desolados sentidos
 surcados con bocinas
 de altoparlante esfuerzo,
 se acurrucan diciendo:
 ya es bastante con esto
 ya es bastante,
 a los lejos se escucha el ulular
 del viento que hace cimbrar los dientes.

V

La tarde había doblado sus alas
 vencida por el peso de las meditaciones,
 las últimas hojas declinaban
 sus nervios sobre la tierra umbrosa;
 iban asidos a sus mudas manos
 las últimas parejas de hombres
 eterizados por la nostalgia cósmica
 repetían con obsesión sus
 estancias lejanas
 por reductos de yerba que sus pies olvidaran

una y otra vez hasta el abatimiento
 los gestos de los hombres que agonizan cautivos
 por la comba mirada de los organizados neumatismos,
 de sus ojos brotaban las misteriosas frases
 que escapan de los náufragos
 y los vocablos lívidos que en su lengua
 crecían, se iban hundiendo en mares
 como viejas tenazas;
 entonces: tumefacto en la orilla de imágenes
 pétreas, vi a la rata y al cuervo jugar al conocido
 y tan despreciable juego de los reinos crepusculares.

Argumento

Visión de los Reinos Crepusculares.

Plaza gigantesca: El mundo

Árbol: La vida

Mujer Sol: La sabiduría

Cuervo: El subconciente

Doce frutos: Meses del año

Voces: Ambiente del siglo

Rata: La muerte

Espejos biconvexos: Acontecimientos sorprendidos

VI

En mitad de una plaza gigantesca,
 se erguía un árbol de esplendoroso tronco,
 el cual alimentaba sus raíces de limpio río,
 con aguas sanguíneas brillantes como cristal de roca,
 de sus ramas pendían doce frutos totalmente vírgenes
 cubiertos para su pudor con sólo una hoja
 que desafiante
 se erguía para su cometido,
 cada fruto ostentaba una puerta
 con bruñido tatuaje en su frontal mirada,
 de las que descendían espejos biconvexos,
 que aturdían la mirada al reflejarse en ellos
 mujer vestida de sol
 que en cierta displicencia escuchaba
 un canto de sabores, otro de sensaciones y uno más de
 impresiones sentada en grande y hermoso trono blanco;

la atmósfera estaba alimentada por veinte millones
de descompuestas voces onomatopéyicas
que salían de un gran agujero por el que podía verse
el espacio interior del universo;
la rata sentada a la diestra de la mujer sol,
ostentaba una toga carnicera
de un gris desteñido salpicado de sangre,
su cínica mirada enturbiaba la atmósfera,
su estómago era grande y redondo,
se entretenía afilándose los dientes;
a la siniestra, yacía el cuervo ostentosamente vestido de negro;
devoraba una lúgubre sonrisa que se le enroscaba al cuello.

De súbito, el árbol agitó sus ramas y se oyeron lamentos, la rata
trastornada penetró su inyectada mirada entre los ruidos y surgieron las pestes,
los trastornos hepáticos y las náuseas.

Después la mujer sol intervino su fruto con la llave de los abismos en la
mano y el chasquido de su inclemencia al cerrarse la puerta hizo florecer
lágrimas en la oscuridad, los espejos callaron y surgieron estrellas.

El cuervo continuaba devorando sonrisas lúgubres, el árbol tembló
nuevamente y los doce frutos fueron cayendo lentamente de uno en uno, hasta
trocarse simplemente en recuerdos, el viento dejó crecer sus barbas en el añoso
tronco, y el cuervo se deshizo en loas, tan contundentes y eficaces que
el agujero por el que manaban onomatopéyicas voces resquebrajóse con estrépito
quedando al descubierto la perfecta armonía del universo.

Anatomía del misterio

Como un barco que pasa

Ahíto de soledad
recurrente la imagen
al más allá indomable
era mi corazón
como un barco que pasa.
Abril corría chapoteando en el alma
y sobria la belleza,
repetía su infección
en el canto del grillo
se sucedían las noches
con precisas divisiones de estrellas
ni una más, ni una menos,
bueno, a veces los meteoros
rompían la sistemática
y era sólo un silencio rescatado
una gota de vino derramada
un todo incorpóreo
e inanimado el musgo del recuerdo
tres reinos misteriosos como el Verbo
lentos pasos en la nada y en el todo
claras formas de juzgarse distinta

la edad de la distancia
 y sin embargo unidas
 en la casta presencia
 de una Fe invulnerada,
 como un barco que pasa
 era abril mi vida
 tres raíces del hombre
 en pródigas edades
 juntas en clara fuente
 inmune al sortilegio
 aunque cautivas
 en la tierna bondad
 de lo finito.

Rosa de la circuncisión

Cuando las imaginaciones de mi corazón
 se paseaban tranquilas en mi infancia,
 y los gallos cantaban
 sin despertar angustias en las frescas riberas del sueño,
 cándidas hierbas celestes
 circundaban mi dicha con su leve rocío,
 y los guantes azules de las fiebres antípodas,
 crepitantes, mordientes y agrupados
 alegres danzaban por el ojo de otoño.
 No obstante:
 un día la víbora parió bajo las blandas ramas
 de un sol acariciante,
 y sobre la mirada de una fábula inerte
 las trenzas del recuerdo desataron su furia,
 sus filos, como alerías porciones de brillosos mastines
 iban husmeando el cielo:
 desierto, calcinado, degollado en la víspera de las estrellas nuevas.
 Cien años han pasado como sosías,
 quietos como increíbles cocodrilos
 bajo la tierna protesta de los astros
 cien años, entre pretérito y presente
 entre conextensión y disextensión
 siendo por esta semejanza

imágenes también sin ser divinos ni inmortales.
 Seca la dicha en columbarios,
 vulnerado el desfile de fragancias primarias,
 fugado el cielo ante el tumulto de ventanas y puertas
 no quedan más que proyectos callados como corchos.
 Este es el definitivo momento de las palabras secas,
 del silencio cautivo en ojos y gatos laminados,
 porque si el cuadrado olvidara su fórmula
 la rueda dejaría de ser rueda
 y la jirafa atravesada por una siempreviva en la garganta cantaría
 Ahora bien:
 después que caiga el polvo por el desván del sueño,
 no me preguntéis nada,
 simplemente escuchad este dolor con huecos de granada
 por el viento sin pájaros
 y esperad que la rosa de la circuncisión
 florezca nuevamente en tiempo y realidades.

De la Divinidad

Bajo soportes de un misericordioso Hálito
 mis ojos intuyen
 facciones inéditas del mundo
 sueños donde la totalidad
 revelándose instantánea y sucesivamente
 transfiguran la visión
 al fuego donde el Verbo
 en exorcio relumbra su blancura,
 después el tordo canta
 en parajes sombríos
 y un temblor su presencia
 nos recuerda en su canto
 óleo sagrado como un rumor
 en la ribera de mi espíritu.

Anatomía del misterio

Computando el Misterio en la sombra vagamente
su presencia sensible al despierto sentido
clamando absolución en reverberos mágicos
la Nada en imagen de rosa aspirando
cambiante, sucesivamente, mínima y abstraída
en el ardiente instante en que fija el espíritu
su rostro diluido
silueta de paloma removiendo distancias
devorando abismos para encontrar un contorno
ceremonia férvida bajo las arquitrabes de la razón,
desplomada al alcance de lo Divino y cotidiano
agitado paraíso sometido al arbitrio
del que anheló lo más profundo
cayendo levantando de esa realidad intermedia
el bálsamo más puro,
hebras de sueño entretejidas
en el mirar lejano de la estrella
que vaticina desde sus azules infiernos
lugares y espacios de los ojos que vieron
y por renovada virtud
significantes en lo sucesivo y venidero.

Israel

Desprendido de mí
un pensamiento descendió
en diabólica imagen,
y una velada sombra
gruñente y erizada
se desprendió de un nombre.
Emanú, innombrable sustento
para elegida estirpe,
profético fermento
de esperanzas perpetuas
en el orden secreto
de atesorada muerte.
Dios y hombre,
pensar y sentir
devanando en viglias
los vaticinios absolutos.
Así, muros de agua salada
cubrieron tu partida
donde la Gracia alucinada
en divina serpiente
hizo perecer exangües enemigos
y hacia tierras de ethéo
con ojos obstinados

en alegre destino
 silenciaste del éxodo las penas
 el pensamiento rico
 de ligurios y zardios
 confundidos en altiva alabanza
 diestra perseguidora
 de ese principio incomprendido
 cuyos reinos escrutan
 cabalgando en visiones
 lo establecido y aceptado
 por la razón del hombre,
 sólo desnuda estatua
 socavada en la variedad
 de sus impulsos
 por leopardos inquietos
 de formas inmortales.

Diálogo sobre el amor

Deslizando su cauda tiernamente el tiempo transcurre como el lapso entre dos estaciones donde tu presencia encarnando el amor enciende sus estímulos y el diálogo se inicia cada noche al fragor de las circunferencias girantes perfectas.

G- Como el círculo pequeño de mis ojos relampagueantes en la preconcebida intuición del pensamiento circundante.

J- Y la naturaleza del encanto prosigue en tus manos en la murmuración parabólica de tus estigmas.

G- Donde la noche y la pasión apacientan sus símbolos en constancia sagrada.

J- Y adentro espacios eternos preludios en fuga de modulaciones absolutamente enajenadas asoman febricitantes en la frecuencia de tu jadeo.

G- Inequivoca señal de mi paso en la tierra.

J- Te veo llegar como de un largo viaje, tamizados almizcles impregnando tus sedas.

G- Paganas huellas de pretéritas deidades predilección silvestre de mi vida.

J- Inmenso mar abstraído en su ritmo galvanizando tu presencia.

G- Las caracolas a mi voz prolongan el Misterio en espirales de coral.

J- Y cerca en la razón del intelecto adiestrándose para concepciones sobrehumanas, la intuición afinando sus mecanismos perceptivos.

G- Atrás el cielo azul surcando en la Divinidad las excelencias del espíritu.

J- Ministerios donde la ternura fulge radiante por tu voz.

G- Y al conjuro de palabras los mitos de la muerte ruedan afligiendo la yerba.

J- La seguridad en la alegría es como un constante presentir la substancia

perfecta del espacio.

G- Donde el amor aletea en el carmín de las granadas.

J- Poblado de huecos por dentro iluminados en forma matemática.

G- Caleidoscopio sucedáneo al deseo sombra humana enunciando sus juicios.

J- Perenne vocación sedienta de formas en gravedad sustentadas.

G- Aleteando en su fuga la nostalgia de un hálito marino el espacio circunda.

J- Yodos carbunculares en el sosiego de tus líneas.

G- Toque Elénico rigor en la estirpe de mi heredad.

J- En los estanques de tus ojos cautivos narcisos modelando dorsos de aquilina propiedad, cromatismos sonoros de belleza inenarrable, aves del paraíso exhalando colores de solemne candoridad, ojos radiantes engastados en felino pelaje, ascencimiento aromático en la ribera de tu meditaciones y el fuego hechizado en su rapsodia cubriendo con sus alas tu rostro.

G- Iluminado escrutinio en el paño incandescente del sueño rastreador y rastreado en la concavidad de inmensa luz no vislumbrada, hecha y deshecha en el blanco y el negro y sin embargo siempre viva girando en perfecciones de acechanzas deíficas reflejando dorados recintos de equiláteras caras.

Carta 1

Las cosas son hermosas
 en la medida en que la unidad interna del espíritu
 reviste la bienaventuranza de bondad,
 comprensión absoluta para entender a las criaturas
 cualquiera que sea su condición,
 en la imagen de semejanza con Dios,
 pues a partir de este momento surge por conducto de la Gracia, la caridad,
 que ilumina de amor nuestra pasión por la vida
 mas simplemente como un reflejo de otra más perfecta,
 de la cual Dios nos da destellos
 en la obra de creación intelectual de la cual dice el Santo angélico
 "Es metafísicamente necesaria la incorruptibilidad del ser intelectual"
 como en las demás manifestaciones espirituales
 sintetizadas en su máxima perfección,
 lo que necesariamente asciende
 de las disciplinas de voluntad ascética
 para la eliminación excrecente que perturba
 la libre manifestación de lo sobrenatural,
 confuso para el resto del mundo no evolucionado
 en la virtud de la verdad.
 Después: deslizante sobre mi cerebro
 una música de maravillosa solemnidad y hermosura
 marcaba los contornos de mi pensamiento,

en acordes donde el contrapunto de razón y pasión
 construían en unidad perfecta de mi ser interior,
 un sagrado recinto donde la mirada de Dios
 levemente posaba un rayo de luz,
 y de la abstracta condición esfumaba la tiniebla su manto
 quedando invulnerada, desnuda
 la comprensión de la ETERNIDAD
 iluminada en el espejo de mis ojos,
 refractario azoro donde la belleza sin saber,
 de su fuego el misterio acuciaba en sus aljibes.

Carta 2

Hay un germen generador en todo gran poema
 que al ejercer contacto con el espíritu del hombre,
 singulariza a través de una chispa transmisora
 una potencia consubstancial; a partir de este momento
 el que revive lo intuido por el poeta,
 clarifica y extiende el paisaje diseminado en las líneas
 mas cada espectador adapta el reino
 a la posibilidad de su genio.
 El mío trasciende cada oración
 a universos heterogéneos, donde la siguiente
 suma y resta unificando y separando a la vez
 la posibilidad del entendimiento infinitesimal
 poéticamente hablando,
 así: la exactitud del Verbo ilumina la poesía como un milagro donde Dios
 glorifica por el hombre su principio;
 otras veces las fuentes prenatales
 afloran a blanca superficie
 mensajes por los cuales la coloratura del poema
 adquiere intimidad translúcida,
 y sutilmente conduce al intuido por esa singularidad potencial
 mencionada anteriormente.
 En tus poemas distorsionas intuiciones sensoriales e intelectuales,
 en una fusión donde la expresión

adquiere matices de impresión surrealista
cuello y extremidades aderezados
en ese apasionado bermellón
donde el aprisco de las palabras guarda en suntuosa intimidad
la parabólica doncellez de un universo.
Allí alas arcangélicas proyectan sobre tu rostro
la identidad de tu naturaleza perecedera
en antifaz donde lo imprevisible
verifica sus misterios al arbitrio de tu Voluntad.

Líneas preparatorias a la penetración del entendimiento

Conocer

Es en la entelequia del entendimiento donde originalmente la inquietud intelectual intenta analíticamente desentrañar ese velo traslúcido entre el hombre y las cosas que lo rodean, entre el pensamiento y el sentimiento, como vínculos de comunicación con otras substancias superiores, completos en la perfección triangular por la intuición, medio laudable y purificador trascendiendo la secreta presencia de nuestro ser sagrado, contrapunto vivificante rítmico y concluyente en su armonía del blanco al negro, del día a la noche, de la razón a la pasión, del más al menos, de la vida a la muerte, abriendo y cerrando para la eternidad el círculo de nuestra contingencia con la perfecta belleza, arriba y abajo, verificando en el hombre la esfinge de su imagen.

Creación intelectual

En su más elevada conclusión, la belleza trasciende su estirpe por el orden genérico de su manifestación. Así las palabras, medios cabalgantes del símbolo, transmigran antropológica semánticamente a fuentes inagotables donde la premonición es presente en el pasado y el futuro, teorema resuelto ascendente en el espíritu revelado, en la visión clarificado, en la organización de los sistemas, retórica, prosodia, sin impedir por la aparente forma tiránica el florecer de la originalidad, antes bien constituyendo al genio antonomásicamente la facultad de libertad: contemplación del vuelo en los espacios interiores, variabilidad caleidoscópica de los matices al arbitrio voluntario, conjugación de juegos fonéticos en radiantes corolarios, transmutación de planes en figuras espirituales desdobladas, y bajo las acechanzas de la cal siempre viva, la eternidad cantando sus distancias ante los pensamientos.

El entendimiento

El bien

Reverberando bajo un cielo enigmático
en orden armónico
desplaza inmensa parábola coronada de luz
árbol bullente bajo el susurro de sus alas
y las voces almizcladas
en el silencio acechando el encuentro con las formas
rudimentos sagrados del oficio
donde ni sombra ni apariencia corpórea
sólo fotosintéticas naturalezas
sedimentando en el espíritu
comunión rumorosa
prodigio contrario ambivalente en el origen
al bien predestinado.

La Belleza

Secretos dones en las orenchas albas
de tu felinidad
allí prevalecen como sesías
belleza y cristalinidad

aves deslizando los tumbos de lo real
 cuando la noche se suscita
 entre el sueño y vigilia
 distancia y cercanía
 preponderancia y abstinencia
 sumergida en el ara el alma exhala
 el fuego siempre nuevo de la Verdad.

Finalidad del Universo

Y en los celestes espacios
 donde el principio de las cosas conmueve las tinieblas
 irredentas al censo
 cautivo en el vasto espectro
 de su proposición clarividente
 del fuego naciendo
 con su semblante taumatúrgico
 el Verbo elaborando su entelequia.

La Verdad

Diametral y opuesta
 es la luz a su antinomio
 infinidad de círculos
 a merced en su fuga epicéntrica
 y como endocarpio protector
 sus espectros formando gemas
 de ortodoxia irradiante
 difragmática hipérbole
 en la memoria receptiva
 del que en serenidad practica la alegría
 ocultos dones de paz
 configurando en las enajenadas facciones
 cordura en alas del que sueña
 limpias superficies de tacto nacarado
 espirales sonoras en recipientes marinos
 peces constituyendo el rostro bienamado
 y para ello asocia como medio
 las aguas azules del vetyver
 contactos taumatúrgicos para restituir
 espejos heridos del espíritu
 bajo la inhalación auxiliar
 de las palabras sagradas
 y luego en el espacio del reciente
 fluye y rastrea la presencia del áloe
 así: diversificando la bienaventuranza

al gusto por la contemplación
de bellezas ingravidas
adviene por el rito solemne poder clarividente
al penetrar lo impenetrable
expresando en palabras el silencio
divagador de formas
conjeturador absoluto
en las aderezadas promiscuidades de la razón.

Prendas de la palabra inaudita

Prendas de la palabra inaudita

Masticar la soledad en diminutas porciones de muerte
es solamente un viejo oficio
pero poseer pájaros medio muertos por la lejanía
y hacerlos cantar en el cráneo,
esa es una labor que sólo se encuentra
en las otras vertientes del cielo
donde los arbolones de la noche dejan escapar
todo el esplendoroso lujo de las estrellas nuevas
y el arancel para viajar
por el recuerdo de un sabor a metal acabado
es menos corrosivo, a pesar de los crueles manómetros
que miden el silencio de las palabras caídas
en el aljibe de los sueños;
allí, es necesario trepar de prisa las escalas
aunque nuestra conciencia suene a grillo fracturado
y los pasos retumben en el corazón
como en deshabitadas calles;
porque llegando al último escalón
con los sistemas del olvido suspendidos en cada ojo,
¡qué espectáculo hermoso!
una doncella cruel se baña en las ondas del viento
pero tan hermosa es

que los peces de la luz le vulneran su crueldad
 comiéndole el corazón.
 La doncella gime y canta soñando que está de fiesta
 por la ventana del pecho se oyen los ecos del viento:
 tu corazón está lejooos...
 y lejos de las venas se encontró el corazón
 a pequeños brincos cruzó las alamedas
 de luz de una luciérnaga
 y con guantes de niebla
 se sentó en las escalas de una música hermosa.
 cri, cro, cri, cro, cantaba la cigarra
 apoyada en sus pétreos derribos de luna.
 No nos ha de salvar el matemático equilibrista
 pensaban sus antenas
 ni el herbolario tierno de pecho devorado
 ni la neumática mujer
 recién desembarcada de un cálido espacio de amor
 por eso preferimos la ululante ribera
 con sus bocas de oxígeno y la luna
 a quien imploramos clemencia
 para nuestra diezmada raza.
 Pero ni el agua ni el sol
 ni la luna ni el viento
 escucharon el anhelo equilibrista del insecto
 y el ¡craj! inevitable
 sollozó en la navaja del último lamento.
 Lleno de dolor el valle
 sufrió los mecanismos de la escarcha
 y el pájaro viajero del paisaje
 bebió la fiebre casta del interior de una lechuga.
 Estrujados los relámpagos clamaron
 llenando de rumor la hierba
 y por el ojo de un búho
 vidriada por la soledad
 nació la noche con sus milenarios documentos
 de parlantes orugas
 y subsuelos de intuiciones fantásticas.

El viento seguía arrancando mil murmullos
 a la palabra nunca pronunciada
 que colgada de un tejo
 era olfateada por una incipiente codorniz
 pero oscilante entre el olvido y el recuerdo
 gritaba formas huecas
 a la mentida bendición del tranquilo silencio
 que en la mitad de una roca construía una plegaria:
 `bendita madre muerte´

tú que entre los espacios sin voluntad
del hombre esperas

¡Ten Piedad de su Búsqueda!

no permitas que su sacudido corazón
torne a su esencia de gaviota sin rumbo
sin haber escuchado los salmos que esperan
por su llanto y su cadena de suspiros
dentro de la brillante catedral del viento

¡TEN PIEDAD DE SU BÚSQUEDA!

porque aun desde estas rocas
carentes de atavíos absolutos
eres nuestra madre y maestra

¡TEN PIEDAD DE SU BÚSQUEDA!

no permitas que el aullido del mar
despistille el aliento de los patios de abril
ni degüelle el perfume de las uvas de otoño

¡TEN PIEDAD DE SU BÚSQUEDA!

tú, que desde el ojo desolado del tiempo
hiciste brotar la soledad
propiciando el lenguaje de la filosofía

¡TEN PIEDAD DE SU BÚSQUEDA!

y que el hermoso elíxir con que ungieron la ojiva
de tu blanca mirada
aleje la opresión de la silente niebla
y nos deje tocar
la prenda más hermosa
de la palabra inaudita

Blanco

*Sobre un tema
de abstracción.*

En el tiempo por excelencia perpetuo,
se verifica una constante metamorfosis
cambios tan radicales
que la razón aumenta su pasión
por los veredictos centelleantes,
todo surge como alusión
a lo puro, circunstancial, hermoso
algunas veces
cantando en la superficie del agua
en el entrecejo de una bestia taciturna,
al conducir un pájaro por brillantes atmósferas
en una estación de alegría interior
centro grave en el cual se gestan
las más encontradas versiones,
dualidad, contrapunto
ejerciendo en el ministerio del espacio

su más tierno refrigerio de conclusiones alpha.

En torno al fuego y su imagen en el corazón

Afirmar desde una penumbra gris
en la inteligencia del ser,
que por su natural trascendencia
ubica dentro de una nostalgia,
todo un mar polifónico
adentro, ahuyentando
de su tierno gemir
ese latido de insondable resonancia
en el corazón del fuego,
es tanto como adquirir potestad en la paciencia del morir,
luego ese crujir de la vida calcinada
al relumbre de recuerdos anófeles. . .
que por el viento vagaban tiernamente
afuera, donde cantando
una estación de fiesta nos miraba.

Con el misterio auestas

Con el misterio auestas

Y nos vanagloriamos de poder
de sentir que tenemos
y así como no viendo prolongamos la espera
en nuestra causa no resuelta
más cuando la noche cubre por sobre nuestros hombros
una a una las búsquedas
revelándose se revela, rechazándose se encuentra
la Eternidad en nuestro sueño
ligera transparencia por donde cuele el viento
un abismo imprevisto de vuelo y de sufragio
y sucesivamente engendra por la retrospección
con la protuberancia del azoro auestas
desfilan sensaciones pasadas el futuro entrevisto,
pero inviolado aún
solo en cuerpo absoluto de innumerables ojos
el universo contempla nuestra embriagada y pasajera esencia,
principio y razón pasión y término
en combinado ideal de disciplina y libertad
mar y fuego en un esfuerzo propio pero unánime
discutidos a favor y en contra
por demonios impasibles en el tiempo que espera
inquieto alegre indeformable

el íntimo y justo acorde que restañe
esa duda relativa de la razón abierta.

La revelación

Agazapada en bruñido roncal
fija, inmutable, iluminada
como aroma de áloe sobre marfil ejedrezado
enigmática penumbra de laudable paraíso
silenciosa deslizas el orden profético de tus veredictos
agua viva dulcemente acariciada
en el hálito de elegidos espíritus
ásperamente probados por lenguas de mordiente fuego
hasta abrir voces de misericordia
pacto y alianza, pureza del exorcio
imagen cincelada de atónita mirada
ante la ingravidez de la hermosura
sabia raigambre que penetras el corazón
de un futuro milagroso sin espacio ni tiempo
reflejando visiones en los espejos mágicos
de tus facciones eternas
milenario cortejo fulgente en la trama
del atavío trazado por campiñas y valles
manchas de flores en sombra fustigadas
crines inquietas azabache desplazando el tedio de las frondas
abrazamiento de olas sobre un fondo grana
iluminación preconcebida en la conextensión de un teorema

derramamiento de pureza en la penetración de lo blanco
la expresión circular dando forma a la incorruptibilidad
y como juego donde la rosa del viento
murmura sus lejanos secretos al arúspice del corazón
mis ojos abren las doradas compuertas a tu encuentro.

Visión de un lema silencioso y el tapiz de un ojo

Visión de un lema silencioso y el tapiz de un ojo

El hombre y la muerte juegan en tiempo relativo; pero la muerte frenética y sagaz ha derramado, en forma de trampa, el silencioso lema de su esencia, el hombre olvidado de su origen sucumbe, estrellando en la eternidad el tapiz del mundo reflejado en sus ojos.

Dinámicas las moscas del tiempo laboran en su rueca el infinito al conjuro de la canción del hastío; pero al sentir el tránsito del alma suspenden su labor, escondiéndose detrás de un solemne brillo, el cual se desprende de la cabellera de la doncella absoluta, que en mitad del universo contempla la acción.

Dentro de la gasa de la alegría, y tocando en la puerta de la hora presente, trataré de contaros cómo el bordado de un lema silencioso hizo pedazos el tapiz de un ojo.

En el vacío cabeceaban los nardos, el campo yacía abierto como granada, sólo se escuchaba el ¡ay, ay! del eléctrico viento devorado por una lechuza somnolienta.

Tomados de la mano y obedientes al ritmo de sus voces, iban el hombre y la muerte saltando en torno de las estaciones, al lado se erguía el grosero ayuntamiento del odio y la concordia con atavíos de filo y augusto sacramento; ¡cuán hermoso es el mundo! exclamó el hombre con rústica sonrisa; y el dolor de la arcilla picoteó las orejas de la misericordia enroscada en un salmo. Dinámica, la muerte escarbaba la tierra en busca de un gusano, para saciar su instinto de gallina rupestre.

La canción del hastío tocó su débil flauta y las verdes moscas volaron para

mover su rueca, con hilo inexistente zzzzz, zzzzz... murmuraban entre sí, ¡silencio!, alguien viene, gritó la más bermeja y escondieron la rueca detrás de un solemne brillo.

La doncella del cielo reverberó ante el clamor de un relámpago, sus muslos se llenaron de lágrimas y su cabellera aderezada por brillantes cometas removiése, tocando con la punta de sus largos cabellos la causa y la desgracia, el hueso y la ceniza, el principio y el fin.

Pero aún no era el momento propicio para que los gusanos devoraran el llanto, faltaba presenciar la frenética lucha en los pasillos del recuerdo, del ojo con la imagen, del silencio y el viento, del espacio y el tiempo; la ansiedad de la sangre silbaba en el cruce de las meditaciones y el ímpetu primitivo retorciendo sus hábitos bailaba, entonces: la fórmula perdida fue buscada afanosamente, primero por los desfiladeros de cal, por el cuenco del cielo, por el tallo de la oración, por el torrente empaquetado de la simiente marina, después: en el cráneo fosfórico de una pila fundida, bajo el ala oxidada de una huella, en el insomnio de un espejo, en el monóculo subterráneo de un topo, sobre la inaferrable expresión de un hombre asesinado en la punta de un grito.

¡Todo fue inútil! ¡Todo fue inútil! Las garras de la blanca violencia apretaban con fuerza el cuello de la angustia, el musgo había crecido en la lengua de los hombres y los últimos sueños huían, por el filo curvado del viento.

Toda la luz del arrepentimiento habría cabido en el ojo de un gallo, si la tierna fraternidad de la ignorancia no hubiese sido derramada, pero ya la soberbia danzaba sobre sus negros ácidos ahuyentando los pájaros, y al cerrar la compuerta de la misericordia, aplastaba el recodo donde el crepúsculo reposa el corazón.

Solamente el aroma del cedro solitario recorría la mirada del mundo, donde una cobra encendida clamaba por el ausente canto del barro original, por la cruenta aniquilación de la divina esencia en palomas forjada, por la piedad turbia, en el gañido del poder engastado en lamentos, por el naufragio del sol entre los dedos y la barca extraviada del olvido en la velocidad del tiempo. Ya nada separaba al verbo de su origen, la anunciación del fin, a la muerte su Dios había alcanzado.

Lo que dijo el poeta a la turba

Ya os lo dije una vez en singular ocasión:

No quiero nada con sapiencias vaharientas y cansadas, mientras el tordo continúe silbando su mejor canción en el sótano de los huesos, y las zarzas conserven su alcuña de doncellas en las secas vertientes del silencio.

¿Pero vosotros: habéis escuchado, alguna vez por las rendijas del aterido corazón, el recuerdo que la araña ha cubierto con su tela?

Bueno . . . no hace falta que el pez hermoso que en la boca yace se vuelva mentiroso.

¡Escuchad lo siguiente!

Ahí: donde el ojo ha marcado con su leve pisada el tránsito del alma, surge nuestro obituario de registros lejanos;

Entonces la reverberación del cuerpo murmura una plegaria, la cigarra silencia su rumor, y el zorzal canta entre la hierba, crap, crop, crap, crop.

Pero sólo el lamento de Filomela, tan rudamente forzada por el bárbaro rey, nos puede dar la imagen de lo que el alma sufre bajo el peso del muro de la razón policroma. Donde extraños perfumes sintéticos, acechan los sentidos agitados por el aire del verbo, que con sus llamas crepusculares refleja en el artesonado del recinto, las últimas parejas de delfines azules llevando el ataúd dorado de los sueños infantiles.

Al fondo de la bóveda se escuchan inviolables los cantos funerales de unicornios sombríos, que miran el silencio dentro del corazón del tiempo.

Cuando los unicornios apagaron su canto, dijeron entre sí:
 "¿No turbarán su lecho los súbitos rencores?" "¿Germinarán este año?"
 Sus palabras brillaron y se aquietaron salvajemente.
 "¡Si ésto no te gusta, lo mismo da!" "¡Déense prisa por favor, que ya es hora!" Gritó el más grande y brillante.
 Por su parte los delfines azules, poniendo cara triste, devoraban nostalgia comentando el suceso:

Mas, cuando la turba bajó los párpados con un documento de niebla invernal en cada ojo, el poeta descendió de su pódium y dijo a la distancia:
 "En la hora violácea, cuando las manos y los ojos se alzan del escritorio, cuando el corazón humano espera, como un taxímetro espera palpitando; yo poeta, aunque cargado de nostalgia y rumores subterráneos, palpito entre dos vidas y puedo ver en la hora violácea, esa hora del atardecer que nos empuja al hogar y envía del viento a casa del errante jilguero y el estrépito de motores y bocinas sugiere un matraqueo de huesos y risas descarnadas, cuando el gato desliza su vientre sedoso por el borde del prado y el tordo retardado va sembrando con su tiu . . . tiu . . . la lejanía, yo os bendigo."

Por el hilo dorado de lo eterno

Era uno de esos días, en que la ruta de la bruma se encontraba sonora propiciando el recuerdo de constancias distantes.

Los pájaros habían dejado caer su última melodía sobre el vellón de pasto y el silencio silbaba por los poros de la noche.

En el sótano de un sueño, un hombre de extraños ojos y larga cabellera menguaba su atavío, para colmar de largas hebras de oro el misterioso artefacto navegable, asido por el frente a cuatro hermosos caballoalondras negros, fustigados por la grupa, por increíbles relámpagos de sueños lejanos.

De sus tiernos picos resbalaban y caían, rebotando en la profundidad del tiempo, tres incipientes pero hermosos, currucú, currucú, currucú.

Este extraño sujeto era experimentado explorador de sueños.

Disponíase a ir un poco más allá del reino de lo eterno.

En las manos llevaba el corazón del cielo, y los ojos flotando en la canción viento.

Mas: Cuando las llamas de la ansiedad reventaban sus sienes, bajo el parpadeo de un moribundo, asentó su navío.

Sobre las duelas de través, se escuchaba el tic-tac de un reloj taciturno, eran segundos con plumaje de cuervo, hora preciosa en que el temblor del alma propiciaba liturgia a la oración postrera.

"No cabe la menor duda",

murmuró un cometa al pasar.

"Es un aventurado cósmico";

y su cauda fue dejando una estela
de vocablos luminosos que decían:
"¿de dónde vienes, qué es lo que buscas?"
"¿a donde vas?"

Por su parte, las olas del viento evadían
con singular gimnasia
las silenciosas aspas del navío, que
en su errante peregrinar
por los espacios interiores de un nostálgico cielo,
recordaba la délfica mirada de quienes
nos precedieron en los abismos,
con el alma adherida
al betún de la muerte.
Los caballoalondras brillaban jadeantes,
ante el hálito resplandeciente
de los confederados siderales,
los que con ígneo regocijo miraban el discurrir osado;
hasta que un espectacular diálogo celeste
intervino en su ruta;
la estática cubrió el fragor y el oído escuchó.

Osa Mayor:

Hace muchas lunas el gran bebedor de espacios
[nos inquiría:
Del punto A al punto B, ¿cuántos planetas caben?
Y trazaba con estridente luz violeta un horizonte
sobre el pizarrón brillante de la noche.

Estrella Adolescente:

Y después. . .

Osa Mayor:

Todas a coro respondíamos cantando.

Estrella Adolescente:

¿Qué aquí también se puede cantar?

Osa Mayor:

No hagas preguntas sin átomos candentes, niña.

Estrella Adolescente:

Querrás decir: con sentido celeste.

Osa Mayor:

Como tu quieras, pero escucha: decía momento atrás,
que contestábamos toda a coro cantando:
cabén todas las que la imaginación imagine,

Padre, o como el pensar en Ti, o en la Virgen tu Madre.

El silencio revoloteó por largo rato,
 Después el fruto donde nutriera sus anhelos
 el aterido halcón,
 tornóse más amargo, pero más dulce el alma
 cautiva del dolor,
 al igual que la nube recién lavada
 teñida por el humo de cigarros urbanos,
 Pero cuando el torrente del alba
 rozó los umbrales de la misericordia,
 de la boca de un hombre salieron dos alondras maltrechas
 que dijeron cantando:

Alondra 1a.:
 Ya lo he dicho otra ocasión, nadie juega,
 nadie juega sobre la piel de la flor,
 sólo relumbra el olvido por la lengua del dolor.

Alondra 2a.:
 ¡Abrid los escotillones
 de la aterida canción
 hasta que envenene al viento el elixir del amor!

Alondra 1a.:
 ¡Y las madejas de angustia se desploman,
 con metálico rumor!

Alondra 2a.:
 ¿Y el ciudadano del humo
 con cicatrices de amor
 de madrugadas dormidas y en el ojo una oración?

Alondra 1a.:
 ¡Azotadlo con la luna!
 ¡Azotadlo con pasión!
 ¡Azotadlo con esponjas mojadas de ilusión!

Alondra 1a. y Alondra 2a.:
 Que los alcoholes del viento propaguen esta canción,
 esta canción de agua triste
 con golondrinas en flor,
 y en la flor un Continente
 flotando en el universo,
 con una letrero oxidado:
 "Para el lejano azul, por el hilo dorado de lo eterno."

Ángel de fuego

I

Introducción

En la preeminencia de mi conextensión prenatal, formado mi mundo desde los interiores espacios siderales, analizando la consecuencia de todos mis esfuerzos, dada la posición, no obstante la tenacidad del color, la objetiva aunque abstracta manifestación de las formas, eran, sin menoscabar su sortilegio, docta inclinación a mis actuales consideraciones; recias características delimitaban en aquel entonces los ruidos ahuecados del devenir, primario a todas luces, pero invadido por el bullicio del paraíso inexplorado; aquí un gineceo en la armonía de su color, incitando la congénita avidez del colibrí, los gritos de colores brillantes, la destreza núbil de sus vuelos, la interjección del papagallo silenciando la escena al estallar de su aderezo, y sobre las rocas de musgo verde olivo, lagartijas ensanchando su capacidad calorimétrica en las emanaciones clorofílicas, todo un concurso sin tacha, fermento sagrado de una existencia germinando al auspicio jerárquico de sus reinos, todo floreciendo bajo una veladura, pretensión de mis estímulos hacia formas más puras de belleza, ruidos de luz, terciada sutilidad, ternura de sus ramas prodigándome frescura bajo los auspicios de una nueva asistencia, consideración circunscrita bajo una conciencia superior, acuciada por los ecos de la intuición más secreta, facciones deliberadamente claras al arbitrio de mis juicios, no exentos de una asistencia relativa en las ambivalencias del prodigio; sutilidad inefable, tranquila lucidez concepción del sinfín el pensamiento girando flotante en el deseo, y repitiéndose la conclusión, el amor exhausto coronándose de Gracia bajo las clarividencias de la palabra; afuera el sol

brillante entre estación y tiempo, entre tiempo y espacio, y el intacto regocijo de los pájaros bebiendo de las fuentes junto a la abeja y la libélula, y el afán curioso de la vespertina hormiga silenciando sus misterios debajo de la tierra, ritmo habitable de los elegidos al encontrarse con el mundo, trama admirable en el encanto de la magia.

II

El vacío cimbrándose al compás de ritmos primigenios
 las percusiones filtrándose por los tímpanos
 invadiendo tus ojos de un fuego fatuo
 transitorio, brillante como el contrapunto del fagot
 el hormiguero acuciante con la ira de la sangre por dentro,
 pálidos fantasmas surcando los rostros
 en el relumbre de sus crímenes
 inéditos aún en su conciencia vegetal
 vírgenes fallidas en el descanso de su demencia
 más grávida por la sorpresa del alba
 disolviéndose en distorsiones con el humo,
 en la materia grisácea voces recordando su sexo como idea erótica
 implícita masturbación al libre arbitrio;
 Pitecanthropus, ha sido allanada tu caverna por farsantes
 ellos nada tienen que ver contigo, y sin embargo te imitan,
 tú eras puro en tu apariencia bestial
 estos son bestialmente impuros en su apariencia
 evolucionada; no intentes el retorno, permanece adherido a tu isla
 como tus muslos a las altas botas con piel de cabra
 como tu corazón al silbo de los gamos
 como locura apasionada en la cordura de un interior deleite
 recordando el estragón o la cereza
 como la tarde primera de tu resurrección al mundo de los vivos.

III

Ya esa voz profunda y poderosa
 se había manifestado por el encanto de su revelación;
 potros de indómita blancura
 golpeaban la puerta dorada de tus sueños
 el tercer cielo circundado por rostros de belleza iracunda,
 abría sus puertas dejándote presenciar
 las vastedades insondables del pensamiento
 formas múltiples de la energía congelada,
 compactas, dinámicas organizaciones de las colonias siderales

y más allá de toda consideración bastarda
 los juicios de forma para asentar tus pasos por laberintos inmortales
 todo abasado en andamiajes de luz
 ultramares y plúmbagos, gualdas y bermellones
 musicando el hábito del ritmo al vuelo de las nubes,
 pájaros inmensos despojados de malicia
 retocando la imagen de la razón abstracta
 singular contenido de toda fuente lógica,
 configuración parabólica de tus divagaciones
 cuando por la nostalgia sorprendido, el acceso intentabas al pasado
 bazar inagotable de arqueologías inéditas
 sometidas, recapturadas, sueños adentro del espíritu
 donde los datos bitacóricos muestran presencias trashumantes
 obituarios perdidos en las reliquias del recuerdo.

IV

Así, desvirtuando anhelos ante la inobjetividad de la inconciencia
 seguiste explícita, felizmente la formación, transformación
 y el estallar chirriante del plancton
 surgiendo desde profundidades innombrables
 puro, desconocido, alucinado, en hermosos espejos intuitivos;
 exaltando el fantasma del follaje con amoroso sortilegio
 fuego estremecido en los humanos misterios
 como una rosa de luces cardinales
 deslizándose suavemente su comba claridad
 sobre el rubidio salobre de los sexos
 espacio, tiempo, delante de Ti, secretamente aspirando tu clemencia.

V

Y ese peligro morado avanzando lentamente,
 vastas comunidades inconscientes, insomnes
 en la escala creciente de sus automatismos reversibles
 turbados por el fulgor científico de sus posibilidades infinitas,
 víctimas comieron de dioses muertos
 y el fuego crujió retorciendo su cólera
 ascuas de azoro sus ojos se tornaron
 refugio buscaron vacilantes en su devastación
 sólo crujir de grillos en su rastro,
 pensamientos contaminados por la hiel
 husmeando muladares de pretéritos quehaceres.

VI

Después la espera en la historia de los espacios siderales
 ataviado el espíritu con los rigores numismáticos
 bajo creciente silenciosa y sagrada en la individualidad del espíritu
 girando en armonía la vida viajaba en campos solares
 amplios corredores reverdecían aromatizando el pensamiento
 estímulos en el reverbero de alta consideración amorosa,
 conciencia increada cabalgando alas de ángel
 belleza bestial que el alma llama Realidad,
 mansión de delicias filtrándose en el bosquejo de su prosperidad
 donde andróginas, mudas piedras mágicas
 refulgen en el espejo del espíritu, azul de ondas salinas su inocencia.

VII

Ahora bien: cuando el tiempo grita en el pecho como en la playa el mar,
 constituyendo en la mujer con lucidez insobornable
 gótica estructura en medio de las piernas como zodiaco repentino
 en la misión concluyente del destino, revelador, oculto
 hipnotizado en el brillo de los ojos, filo mortal entre el Ser y la Nada
 manojos de razones devorados por solitario vocablo AMOR...
 luego una sensación a rito sandálico invadiendo las vías parasimpáticas
 y más allá, inclinada en la ribera
 la primavera doraba su dorso de Venus, recostada levemente sobre azules
 [violetas,
 mientras el Misterio aderezando sus promesas
 engendraba las fiestas con un pacto de sabiduría.

VIII

Sin más...; por el momento...
 con el tiempo abolido en el punto medio de la conciencia
 viaje como el rumor de un resultado,
 sencillamente expreso ansiedad de perfección y belleza
 en el cauce vertiginoso de un estereotipo desolado por multitudes civilizadas,
 disfrazar, abyectar, destruir son características de los juegos actuales,
 temerarios, obsecados, persisten como hábitos conjurados
 pormenores desnudos violados por microscópica mirada;
 árbol diluido en la abstracción de notable observancia

bullen oscuramente en Ti, inviolable atónita luz
 como rapaces confundidos en la cauda de sus lacerados atavíos.

IX

Calafateando pensamientos
 el exorcio despliega su frescura,
 refugio trazado en la navegación alta del espíritu;
 Allí he visto la furia del mar arremolinarse y estallar
 inmisericorde bajo el silencio, mientras impertérritos
 los albatros siguiendo la secuencia del ritmo
 sobre las crestas meditaban
 altísima dignidad del Ser sobre la tierra.

X

Con el silencio que llenan todas las palabras
 leve rumor bajo claridad inminente en la infinita placidez,
 algo así: como pájaros marinos al amparo del cielo;
 en el envés, constelaciones acechando los flancos del símbolo
 crujir de sedas en el vagabundeo rastreador de la espuma, de las últimas alas
 agua sierva en exaltación turquesa
 misterio bajo el tiempo preservado por el movimiento
 homenaje del mar, diseño de figuras bellamente decoradas
 contornos para una imagen aromosa, laurel o genciana en el recuerdo;
 y las abluciones en las rocas melladas.
 Estallando sobre cariátides de cuencos esmeraldas
 todo un concurso de poder en la purificación del espíritu
 reflejo tierno curvando tu lucidez
 más azul que el gualda de una virgen,
 invulnerada como la santidad sumergida en las catástrofes del tiempo;
 luego el asceta tocaba con gusto de frambuesa,
 la iridiscente magnificencia del amor
 clarividente, silencioso
 pronunciado en la fuga de su parábola
 para estallar en ojo magnífico,
 concepción receptácula
 conclusión expresando su cosmogonía
 tiempo, conciencia de la eternidad
 metamorfosis abstracta de los pensamientos.

XI

Experiencia del conocimiento, signos,
 imágenes de lo inefable, sus alas extendiendo como frescas ramas,
 y el alma examinando, comprendiendo en la belleza
 el goce arabesco de las olas;
 virtud de largo alcance en tus facciones
 cabellera dorada por la sabiduría,
 alquimia secreta ungiendo en los labios un gusto de horizonte
 abstracciones videntes
 acechando en la atmósfera sedimentos de augurios insondables;
 así, el mar se perpetúa en la acción cotidiana
 reflexiva autoconciencia del más en el menos,
 voces vagamente perdidas en el eco simbólico de la añoranza,
 cruce terrible en la razón de la objetividad
 imagen del espacio interespacial;
 y como espléndida salutación, la destreza
 invadiendo el espíritu
 secreta perfección hablándome por tu tierna sonrisa.

XII

Atmósfera azul de unguento aromático
 pájaros encendiendo con sus gritos inéditos sentidos
 y en el silencio de mis reflexiones
 hermosos delfines zambullendo su pecho
 en la persecución de su alegría
 su discurrir muy cerca del estrépito del corazón,
 absorto en la visión
 maravillado en el ritmo de su destreza
 cubierto por la trama del oleaje me dije:
 mar corroborado en mi presencia
 mar cubierto con el satín delicado de un dios
 olibano aromoso en los conductos de tus interiores secretos
 y ese dios palpitante jadeando
 como un héroe fustigado por su proeza
 acometiendo suavemente
 cálidas yedras trepando a mis tobillos
 y el aliento del sol como un lince
 olfateando mi dorso bronceado;
 hora crepuscular, grises vésperos
 rosas pálidos reflejados bajo el fluir del agua
 y buscando su alimento en el ir de las olas
 las zancudas probando una y otra vez su destreza

interceptada por la fuga constante de su cuello
y como desmembrándose de su comprensión superior
el viento trazaba los sueños de su infancia.

XIII

Remembranzas de antiguas conciencias
que afirman, niegan, descifran, aclaran
voces en el espejo de mi inteligencia
lo que al rito adviene en sagrado misterio
a las sabidurías altísimas
a través de pormenores estéticos
formando criptocracias en compactos círculos de luz iónica
y flameando las fuerzas arrítmicas de ese sonido...
que ilumina, suspende, en mis objetos esféricos un don invulnerado
concentraciones magnéticas en el cruce de mi entrecejo
me galvanizan en sus designios.
¡Abrid las compuertas sublime especie de caracola marina!
escuchad, fantasmas de hora tercia
engendrados de perpendiculares luctuosas
donde los enebros floridos de vuestra gravedad
estallan en compacta amargura;
odio mimético en lo perfectamente hermoso,
húmeda manifestación, rumoroso rastro de las olas henchidas;
dejad que la cantata del mar invada las naves
de ese sagrado templo de vuestro cuerpo,
por ahora receptáculo de variada escatología,
donde al grito del albatros y la gaviota,
la lobreguez en la mirada apague su réquiem por la contraria posición
que es allí adonde nace la llama del verdadero encanto;
fue alguna vez el tres antes que el dos
el hombre antes que dios, la mentira antes que la verdad
la muerte antes que la vida.

XIV

Por la piedad de vuestros deudos
abolid en la antimateria los hábitos de violencia
antes bien, estallad en sollozos
ante el temblor inmensamente tierno
del follaje reverdecido por el milagro de la fotosíntesis
en el sol dorado como pensamientos amorosos
y recortando sus contornos el cielo anuncia infinitas posibilidades

milenarias vidas en una sola concentración
 azul suavísimo tan discretamente limpio que dan ganas de llorar
 luego los misterios comunicando mensajes a plena luz
 en la indiscreta promiscuidad de la calle, por la palabra;
 desolado, confundido, rastreando basuras,
 de los estables vergüenza; dolorosa espina para el libidinoso
 azote del perverso, morbo de la viuda
 ambivalencia antagónica del temerario,
 gloria y mérito para el virtuoso y el santo
 contemplad irritados, reverentes, atónitos,
 la ingravidez, prodigio reflejado
 sombra de alas poderosas, abismo de las cosas
 transparente movilidad en la lejana intuición, cordial bienvenida,
 ventura de la humillación y el dolor,
 secretas formas de ser en apariencias fragantes
 y como símbolo perfecto en el anillo de su mano
 el hálito incorrupto de esencias trascendentes,
 conocido en los estratos especializados
 puramente como accidentes psicosomáticos
 caleidoscopio en las debilidades civilizadas.

XV

Visión ictiológica del mundo
 activa mutación en los centros erógenos de productividad febril
 aliciente térmico de los desheredados
 ámbitos eróticos ricos en imágenes, color, ruido,
 y dentro el miedo acrecentándose en los intestinos
 en forma compacta homogénea
 fertilidad futura de diezmadas civilizaciones
 ocultos pactos con la sabiduría
 objetiva en principio, difusa conquista presente.
 El tránsito eficaz entre dos vidas; naturalezas,
 escenarios distintos es el trazo erecto
 dificultad proverbial para expresar las formas vitales
 autoevidencia en el abismo clarividente de la acción
 mas, procurando una ágata preciosa
 condición sine qua non para deslizarse ingrávido por lejanas estrellas
 el cosmos se circunscribe cada noche a tu arbitrio:
 aquí sabores solidificados flotando soberbios como iceberg,
 allá conciencias maestras chasqueando el fuste en relámpagos psíquicos
 y sus rayos atraviesan con colores meditaciones proféticas
 elevando su visión como antediluvianos tras la rendija del tiempo
 almagesos celestes pletóricos en sus cultos comunicados
 sólo para los cifrados en clave,
 bandadas de dicha refulgiendo frenéticamente en alas milagrosas

construcciones abrumadoras en tonos pálidos
 sonoras facciones enigmáticas,
 nieblas irracionales significadas por un enfoque instintivo
 siniestras esparcen aromas de ternura
 refugio primordial de las causas comunes
 temor de la expresión puramente racional;
 así: cuerpo y espíritu en constante inmersión purifican su imagen
 fructífera simbólicamente, laberíntica infección en la perenne inmunidad
 claros torrentes de luz imponiendo sus cábalas
 mágicos vaticinios en las leyes del misterio
 ritmo elocuente en la fragancia de su insondable belleza.

XVI

Formas de un porvenir sobrevivido en las edades
 egregias rituales ensordecedoras proféticas
 clamando exorcios en la intimidad divina
 conjeturas de esa inteligencia perfecta acuciada por imágenes
 inquietante medida del esfuerzo
 relativo al ser aéreo ciñendo la verdad
 contenida perpetuamente en su contrario.
 Inmemoriales caudas de luz inmarcesible, obra fulgurante,
 trazos que centellearon con exactas matemáticas
 en la perfección incisiva de tus reinos
 clarividente contingencia humana
 y aún después de la catástrofe por agua,
 pactaste con trazos de color siete hermosas parábolas
 en un cielo alborozado, dichoso
 que fueron desde tu corazón, pleno de amor al fustigado
 criaturas inferiores como todo hálito de vida sobre la tierra
 argumentaron la omnipresencia sabia de tu clemencia
 clamores marsupiales, primates felinos
 se sumaron al estrépito terráqueo
 densos vapores ascendieron su ira sosegada
 hasta el halcón y el águila iniciando la búsqueda de posibles moradas
 luego leves rumores al anochecer, huellas predatoras,
 arrítmicos lamentos en el melancólico clamor del rinoceronte y el búfalo
 después sólo el sigilo de un espíritu terrible grandioso...

XVII

Incertidumbre en la armonía
 carencia de principios en la unidad de esa galaxia científica

para revelar en el todo facciones serenísimas,
 rueda resplandeciente del sinfín
 tramando lo levemente presentido como un dato previsto
 realizándose por la continuidad en la disciplina de una total entrega
 a esa forma de ser antes del tiempo,
 en el tiempo dibujando tras la comisura de la gracia
 lo inaudito de su naturaleza,
 así: jugando con vuestra vanidad, forma de poder supuesto mágico,
 por los vastos muladares, nuestra delicia
 con todo género de abusos para abolir la libertad,
 en el hombre dignidad, cercanía de su imagen
 a ese surtidor de vivas realidades,
 no fracciones paradisiacas sino más bien el universo
 en la totalidad de sus funciones, no frías contiendas
 posesión enajenada del absurdo y la muerte;
 odio ante el amor, la bondad, la belleza
 doncellas castísimas en la gratuita caridad
 del soberano altísimo Señor de las estrellas
 sustentador de todas las galaxias.

XVIII

Escuchad terrenautas: no es solamente ese símbolo de la objetividad
 susurrando su grandeza interior
 que espera rescatarse por vuestro mérito,
 otros mundos palpitan aleteando su inmensidad
 en los huecos inéditos de la memoria absoluta
 husmead las consteladas formas de la razón
 como activo principio en la instancia fugaz
 rumbo a desconocidos parajes,
 tantas veces intuitos en el amor o en la belleza
 expresiones circulares de esa iluminada amplitud sobre los pensamientos.
 Tocad el aterrado sollozo del verdor pisoteado
 las prematuras visiones del niño silbando como serpientes
 en el estallido de los odios fraternos,
 congregaciones humanas devoradas por el hambre y la peste
 sedientas fauces donde el beneplácito general
 obtuvo dividendos acrecentados, vigorizando el exterminio
 con refinada inconciencia, mientras luces superiores
 eran asimiladas por olvidadas voluntades
 miméticas en humildes suburbios;
 potestades electromagnéticas describiendo a entera satisfacción
 programas de ritmo, acoplamiento y desarrollo
 en la clarividencia secreta de honestos corazones,
 enojo y estupor para el soberbio
 por antonomasia confundido

aunque destacado en los residuos de elección.

XIX

Lento, difícil avance en la convivencia y progreso
 líneas que al cruzarse originan un punto,
 centros sustituyendo los contrarios signos
 en estadio magnífico, acrisolados sedimentos
 étnica antropológica en la historia de la eternidad
 extendiendo delicadamente sus mágicas sorpresas
 al paso de lo cotidiano, asequible como una rosa de lógicas razones
 mas: conjeturado con un lince en la intuición
 aroma trigonométrica en la ribera de los cálculos
 diferenciados en la maleabilidad de mis arbitrios.
 Acciones subterráneas en las raíces del planeta,
 formas, aromas, colores, en silencio trasmutando implícitas tareas
 universos invisibles interpretando a perfección sinfonías siderales
 protones y electrones en místico lenguaje, tejiendo delicados filamentos
 composiciones en claros designios fecundando los sistemas microgenéticos
 sabias plasmáticas visiblemente inteligentes
 determinando las condiciones al contacto ambiental
 géneros y especializaciones de alta precisión, trepadoras, sensitivas razantes
 receptores detectando la comunicación solar
 hálitos multifolios emanando de su carácter transitorio
 donde el canto del acrídido alterna su frecuencia frotando sus antenas
 por sus ondas sonoras llega el mensaje al gato montaraz, a la perdiz,
 al búho, al halcón, al águila y al tigre
 en silencio nocturno formando conciliábulo.

XX

Velado crepitar, susurro en la hojarasca
 recursos mnemotécnicos de la naturaleza
 espíritu de gloria circundando la atmósfera
 majestad inédita del cielo enalteciéndose en la dignidad del pensamiento
 así tras los linderos del sueño el hombre se solaza,
 se significa la castidad como forma pura de conocimiento
 la creación devela sus poderes mágicos
 desde distancias luz atrayendo objetos inaprehensibles
 a la condición humana,
 ávida fascinación, desempeño admirable
 fantasma azul de alas rumorosas

presidido por su inteligencia cósmica.

XXI

Especies, genéricas especificaciones
 y cuerpos se atrajeron en razón directa a sus volúmenes
 y en razón inversa al cuadrado de su distancia;
 fue así como los mares ubicaron su densidad
 establecieron sus confines,
 inmensas superficies desalojadas originaron los desiertos
 ígneas energías originaron pétreas cumbres de cimas escarpadas
 estratégicamente espíritus de rigor escrutaron las distancias
 familias rapaces aletearon desasosegadamente
 remontaron la dimensión en todas sus direcciones
 mientras el sol brillante, espléndido anunciaba desconocidas vivencias.

XXII

Preciencia del zahorí
 a tu contacto visiones ozónicas
 en premonitorios palimpsestos raquídeos
 oficio dentrítico altamente calificado
 centros de sagrada especialización
 profundidad en su exaltada presencia, propósito magnético
 reencuentro con los astros desplegado el plumaje celeste
 transformada energía, atesorador biológico en los abismos del espíritu
 donde los efluvios del alba persiguen mi trote armónico
 curso florido ramoneado con hojas de laurel:
 disolvente virtud volátil en su curso
 críptica en el paisaje, más precisa y clara con la piedra del poder
 ígneo principio, olor de la negrura
 no sensible al olfato, sino al entendimiento.

De los ritos luminosos

De los ritos luminosos

Para ubicar un punto de partida cósmico
es absolutamente necesario
preparar una base.

Sin ella se precipitará a la gravedad
la inducción de sensibilidad
queda obstruida, el avance es negativo;

con admirable base
la preparación puede ubicarse
circularmente, o en su efecto líneas,
la comunicación
a los puntos fijados
descorre el velo metafísico
de la naturaleza el planteamiento orgánico
queda claro, en seguida
se desvanece la trama
interceptando el error,
y la nupcia se reanuda
entre el hombre y lo invisible.

De la vida y la luz

Como se anuncian los vaticinios luminosos:
con alas transparentes, sin ruido
silbadores en su misterio como serpientes embrujadas
ahítas por franquear el cielo vasto que las retiene
en parabólicos vaivenes
de aderezados navíos sin nombre
y al conjuro de secretos trazos
en la invertida palma,
saltan a ti cual acridios en trance
estas palabras toda ternura
toda medida, todo amor,
toda anunciada comprensión
en el viento de toronjil y azahar,
cielo maravilloso del templo de los dioses
por ahora con los ojos cerrados hacia dentro
reconociendo y deslizando en las formas
el sortilegio clave del encuentro,
allí con lívido ropaje
zambulliré mi frente hasta encontrar tus ojos.

Om

Es representativo
Del aspecto más elevado de Dios;
Cuando el aspirante lo pronuncia
Su resultado es la liberación.
Continuando su ascenso
Por el canal central,
La energía vibratoria
Es cambiada a un estado denso.
En esta forma emerge
De la garganta como sonido articulado.
Diez son los sonidos
Que se albergan en su protonúcleo
Rugido del océano
Trueno
Ruido de circuitos de plata
Sonido combinado del Universo
Tono de toda la creación.

En el Valle Sagrado

En el Valle Sagrado

La Tabla de Esmeralda ha sido mal interpretada cuando dice: el Sol es su padre, la Luna es su madre, el viento lo ha llevado en sus entrañas, la Tierra es su nodriza, se refiere al proceso alquímico y a los cuatro elementos (fuego, agua, aire y tierra). En cuanto a nosotros, la tierra es nuestra madre. Nada más natural que buscar en ella misma nuestros templos, cuerpos y preguntarle cuál es la primera y la segunda de sus diosas: Esmeralda y Turquesa.

Allí lo esperan las fuerzas telúricas para devolverle la salud física y allí lo esperan también las fuerzas cósmicas, para devolverle su perfección psicológica primitiva. Después de hacer el "camino de la tierra" volverá el héroe a las profundidades a purificarse en la muerte. Saldrá de ella, al tercer día, en su segundo nacimiento "a comer del Árbol de la Vida, el que está en el centro del Paraíso de Dios", será como los dioses. Estará apto para, unido ya a lo femenino, desaparecer en el superhombre.

Como la tarde primera de tu resurrección al mundo de los vivos "llorar si hay que llorar, mas hacedlo como la fuente escondida, no interrumpir el ritmo del silencio, esa es la Ley".

"Olor de la negrura, no sensible al olfato, sino a la inteligencia cósmica."

En el reino mineral del óxido de cromo al silicato de alúmina,
 en el mar pez hermoso, antigrave y sutil en el viento,
 sagrada aroma en la respiración y sobre la palma de una hoja
 a la hora del alba, coronándose de rocío matinal, un prodigio
 del cielo, cinco adiciones a su virginidad, las dos restantes
 al espectro y a su vuelo. Colibrí, esmeralda y turquesa
 ¡para ti sea la honra y la gloria!

Introducción

La energía macrocósmica catalizada en el cerebro por la verdad interior
 sin unidad, sin disciplinas equivalentes, es
 demasiada y continua en su velocidad
 para fijar el dato necesario.

Las ribosomas, ante el torrente incontenible de datos circulares,
 queda bloqueada sin comunicación, permanece como razón lógica,
 al cerebelo no llegan más que sensaciones nerviosas,
 escatología del gran bullicio terrenal,
 es más rápida la inteligencia cósmica
 que la destreza erudita del intelectual.

Uno y una... luego el dos nacer y crecer,
 razones dialécticas
 cualidades de formas
 que integran un objeto,
 regidas por las contradicciones
 que la constituyen.

En la adición a un proceso...

En la adición de un proceso animal permanecemos
en la animalidad,
divididas conciencias sin llegar al Amor,
caídas en su más bajo nivel las fuerzas
del Espíritu Santo, actuarán para la procreación
de los hombres, animales, vegetales, minerales,
divididas en dos sexos,
perdida la felicidad animal,
sin alcanzar la felicidad eterna
somos hombres de pretensiones vanas.

(¡Oh gran corrector
de los tiempos enormes
Socavador de los estados
que curas con sangre
la tierra cuando está enferma,
y alivias al mundo
del exceso de gente!)

¡Qué obra maestra
es el hombre!

Cuán noble por su razón
¡Cuán infinito
en facultades!
En su forma y movimiento
cuán expresivo
y maravilloso.
En sus acciones
¡qué parecido a un ángel!
En su inteligencia
¡qué semejante
a un dios,
la maravilla
del mundo,
el arquetipo
de los seres!

Cerebro circular. Semen

Cerebro circular. Semen

I

Lo que se proyecta
por el verbo
y se trasciende
por el espíritu
origina obra maestra.

II

Para la estimus
glándula primera en la eternidad.

Semen

Para manejar los sentidos corporales
cerebro circular
veintiocho circunvoluciones cerebrales
la energía desplazándose del centro a la periferia
cien millones de fotocélulas actuando.

Hermosa mañana
forma musical
la amistad constituyendo
elipsis perfecta en la mujer
la energía entrando en órbita.

III

Equilibrando el metabolismo
en los hemisferios cerebrales
con unidad interior
sequedad fragante.

Las órdenes que llegan
al sistema nervioso central
de las glándulas de secreción interna
constituyen en los microorganismos
que llevan los mensajes al cerebelo
iluminación supermágica
en los centros de energía.
La circunvolución entra en acción.



A las puertas del paraíso

1985

A Alberto Blanco

NOTA

Este libro permaneció inédito desde 1985, salvo una pequeña selección y aclaración que Alberto Blanco dio a conocer en la revista *memoranda* núm. 47, marzo-abril de 1997 (léase la nota que aparece aquí al final). En el original hay poemas que no están numerados y otros sí lo están, pero luego la numeración se interrumpe para después volver a numerar; no sabemos a qué se debe esa presentación, tal vez era un libro en proceso y Juan haya desgajado algunos poemas. Hemos respetado la forma en que aparecen en ese original.

Un silencio
sobre una muy suave claridad.
Unidad interior
en la eternidad
exacta percepción
ego por super ego
energía sutil
de anti materia

* * *

I

Octavo círculo

Rostro en la amistad
de lo posible,
llave en la luz
no solar.

* * *

II

Ladera del instante,
 en la contemplación
 deslumbrante
 del invierno,
 a lo lejos los montes
 sonido de campanas.

* * *

El fuego se aviva
 en los últimos rayos
 el árbol crece,
 flores, metales, respiración,
 flotan virginales
 como lujosa
 magnificencia.

* * *

I

Selva de lágrimas,
 escucha:
 semilla de cantos
 la perfección del oro
 para ti.

* * *

II

Agua,
una mujer
de inmenso fuego,
su rosa interior,
un sendero
hacia el cielo.

* * *

III

Oración
flor interior,
voz perfecta
del tacto.

* * *

IV

Hogar,
llama en medio,
bosques
oro encarnado,
en el mar
bóveda viva.

* * *

Conocimiento
termina, empieza,
otoño y cosecha,
duración del tiempo
cuando llega el encanto.

* * *

II

Luna, puente, amor,
días de constante
simetría,
ayuda bajo la sombra blanca.

* * *

VII

Feminidad,
cielo aderezado
con la imaginación
de sus recursos,
hierba medicinal
en la mañana,
delicada tarde,
noche de la felicidad.

* * *

VIII

Madre de los días,
fragancia, almendra
absoluta
en nuestra soledad,
tiende aquí
tus espléndidas
formas musculares.

* * *

IX

Despierta,
abandona la arena,
levanta el sueño
de ancestrales Reinos.

* * *

XI

Osadía!
trenza en la caricia
de tu mirada,
barca, sirena,
para remontar océanos,
deposito en tu rostro
mi confianza.

* * *

XII

Nuevamente las llamas,
aparecen, se juntan,
relieve, canción, alma,
pecho,
materia del cielo
días buenos para ti,
pura.

* * *

XIV

Azul, mar y cielo
 rubor de pájaros,
 infinita destreza
 del pensamiento,
 cuenta refleja del presente,
 apellido, pluma fuente,
 música capturada
 en el cubo
 de la verdad.

XV

Conciencia
 unidad, límites
 del aire,
 soledad flexible

finura azul
 especie sin bipartición.

* * *

XVI

Ni compañía, ni calor,
 nos falta luz, la comida,
 la dignidad,
 la herida servil llora
 venados por cazar?

* * *

XVII

Reconstruimos nuestra vida,
 de cerca pasos de muerte,
 en las márgenes
 la muchedumbre medita,
 el cielo
 es nuestra meta.

* * *

XVIII

Nos manda, obedecemos,
 testimonios
 arriba, abajo,
 nos guiña el ojo
 y comprendemos,
 el fuego, el agua, la tierra,
 embriagados de Grandeza
 vemos las guerras imposibles,
 hartos de sí mismos
 nos hacemos impersonales.
 Bailemos, locura,
 dicha de la palabra,
 llave maestra
 de esta casa.

* * *

I

Fuimos montañas
 entre los pasos
 que rastrearon
 largos sueños,
 cantos que ponen

sobre nuestra vertical
aire fresco.

* * *

II

Capullos,
silvestre la fragancia
verde forma de la luz,
bella presencia
en la composición.

* * *

III

Corazón del Agua,
gobierna,
estamos aquí
silenciosos, pacientes,
en el fugaz propósito
la imagen.

* * *

IV

viento?
soplo?
delicia del agua
palpitante sensación.

* * *

I

Reflexión del estado...
mírame...
llora el agua
maravilla:
un punto en el fuego.

* * *

II

Del mundo soledad,
de las palabras abrigo
foso, miedo, arena del tiempo,
mujer,
hombre.

* * *

III

Encendida, plena,
noche
para los ojos
la memoria,
el silencio.

* * *

IV

Almas socias en el ritmo,
 en lo inexpresado,
 claras señales
 en el mar, el aire,
 virgen la palabra
 los ojos, el silencio,
 el encuentro.

* * *

I

Párpados del cielo,
 fortuna de la belleza,
 adulación perfecta,
 luz de plata
 en la mañana,
 sola,
 precisamente allí.

* * *

II

El sueño,
 imaginarias olas,
 sus prodigios
 llave
 para el hombre son.

* * *

III

Dominio claro
en la obscuridad,
un tendido,
una red,
estrellas, el sol,
antorchas de lo cierto.

* * *

IV

Acción,
pensamiento,
conocimiento, placer,
intuición,
sentimiento del reposo.

* * *

I

Saliva,
recorre tu calzada,
la frente se extiende
por su encéfala,
vibrantes ancestros
la anteceden.

* * *

II

Imaginación,
frutos,

encendidos momentos,
incienso, fuego,
movimientos
en reposo,
los ojos juegan
puerta abierta.

* * *

III

Clave, nombre,
mar, doble acción
semilla del cuerpo
en larga travesía,
café por la raya,
predestinación
de sueños
y en el tiempo
entendido,
sutiles corrientes
de comprensión.

* * *

IV

Del sol
vitrales son
la sed
más el vaso,
del camino al polvo,
viaja pasión
cayendo en la noche,
dimensión
en la que nace
el árbol.

* * *

X

La voluntad viva,
 el pensamiento tenaz
 sostiene mi cuerda,
 visto el arco,
 la plenitud en
 comparación
 es pequeña,
 mujer ámbar,
 arena, claridad.

Alberto Blanco

NOTA FINAL para *A las puertas del paraíso*

Este libro había permanecido casi en secreto. Su historia es la siguiente: a finales del año de 1985 en la ciudad de México, al término de un ensayo de la banda de rock *Las plumas atómicas* (del cual formaba yo parte junto con Luis Cortés Bargalló, Jorge González de León, Gustavo Martínez Mekler y Alberto Darzon), en casa de este último, sucedió que Juan Martínez –que acostumbraba asistir a los ensayos con regularidad— me llevó un regalo asombroso. Acababa de publicarse en Guadalajara, en las ediciones de Cuarto Menguante, mi libro de poemas *Tras el rayo*, y resultó que Juan, que lo leyó con mucho entusiasmo le había escrito una paráfrasis que tituló *A las puertas del paraíso*. No sé si paráfrasis es la palabra correcta en este caso, porque los poemas de Juan, si bien están inspirado en *Tras el rayo*, son, en verdad, obras paralelas a la vez que totalmente autónomas. Una reescritura *sui generis*, como todo lo que emprendía este artista singular. Para dar una idea al lector de qué clase de reescritura ensayó entonces Juan, ofresco un ejemplo significativo; se trata de el primer poema de *Tras el rayo*, titulado “Clavículas”:

I

Busca mi rostro entre las rocas,
 sigue el único camino posible:
 le llaman “El Arco de la Alianza”,
 le llaman “El Séptimo Rayo”.

Por su parte, el poema que escribió Juan a partir del antes citado, dice:

I**Octavo círculo**

Rostro en la amistad
 de lo posible,
 llave en la luz

no solar.

Como puede verse, el poema de Juan conserva, para comenzar, la brevedad del original — cuatro versos en ambos casos— así como el número romano que lo encabeza; ha añadido, sin embargo, una especie de subtítulo: “Octavo círculo”. Este octavo círculo es parte de la lectura que hace Juan del primer poema, donde se habla del “séptimo rayo”, y que él decide llevar un paso adelante. Conserva también la imagen del rostro, que de ser un rostro oculto que ha de ser develado en mi poema, se convierte en un rostro “en la amistad de los posible”; y hace de las “Clavículas” (llavecitas) del título la llave de su poema. Finalmente, tanto la luz del “Arco de la Alianza” (el arco iris), como la del “Séptimo rayo” (el rayo cenital, eje y centro a la vez, de los “siete colores” del arco iris), se convierten en el poema de Juan en una “luz no solar”, reforzando la alusión a una realidad de otro orden.

De los 37 poemas que componen *A las puertas del paraíso*, sólo el primer poema —hasta donde alcanzo a apreciar—no parece deber nada directamente a ninguno de los poemas de *Tras el rayo*, funcionando como una especie de prólogo y hasta de poética de todo el libro:

ego por super ego
energía sutil
de anti materia.

Los otros 36 poemas se relacionan directamente con 36 de los 60 de *Tras el rayo*. Ignoro si Juan escribió un poema para cada uno de los 60 que componen mi libro y luego descartó aquellos que no le gustaron, o simplemente decidió reescribir algunos y otros no. Nunca lo sabremos. Lo que sí es un hecho, es que Juan me entregó la carpeta con los 37 poemas tal y como se publican ahora, siguiendo el orden paralelo de los poemas de *Tras el rayo*, y sin más indicaciones en el sentido de que hubiera otros poemas o de que el libro estuviese incompleto.

Tal vez sería buena idea publicar algún día ambos libros en un solo volumen, como ejemplo de una colaboración poética “en otra naturaleza” —como tanto le gustaba decir a Juan— y como cifra definitiva de una amistad.

Vale la pena agregar que, hasta el día de hoy en que reunidos en este libro por José Vicente Anaya ven por fin la luz pública, los poemas de *A las puertas del paraíso* no habían sido publicados, sino sólo unos cuantos, y esto nada más en una ocasión: cuando Sergio Mondragón le dedicó a Juan un número de homenaje en la revista *memoranda*, en el cual participamos muchos de los amigos y escritores que también colaboramos ahora en este libro que reúne toda su poesía. Aquellos primeros poemas de *A las puertas del paraíso* que se publicaron en *memoranda* no alcanzaron a ser incluidos en el libro *En el valle sagrado* que preparamos en 1985 para la Universidad Metropolitana. Han tenido que pasar más de veinte años para que el lector finalmente los tenga entre sus manos.

